

# Revista Rocamadour

Historias originales

Año 1 | Número 12 | Febrero 2020

\$80

## Artículo del mes

Una aproximación  
al objetismo

## Texto del mes

“Un fondo de agua”  
por Antonio Di Benedetto

## Autores invitados

Federico Dipila

Andrea Riquelme

Salvador Silva

# CARPINTERÍA

022  
2761  
1076  
RUBEN



11  
2350  
9958  
ALEJANDRO  
(WHATSAPP)

VELEZ SARFIELD 14  
(ENTRE SARMIENTO  
Y RIVADAVIA) - Marcos Paz

*Reparación • Decoración • Restauración*

## EL VASCO

### EDICIONES ROCAMADOUR

Dr. Marcos Paz 2578 - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires, Año 2020  
ISSN 2618-5172  
[www.edicionesrocademadour.com.ar](http://www.edicionesrocademadour.com.ar)

### DISEÑO Y EDICIÓN

Alejandro Torres

### CORRECCIÓN DE LOS TEXTOS

Alejandro Torres

### SUSCRIPCIONES

[alejandrotorres\\_lp@hotmail.com](mailto:alejandrotorres_lp@hotmail.com)

Suscripción .....\$60

Número simple .....\$80

### PUBLICIDAD

Matías Álvarez

### FOTO DE PORTADA

Anónimo

### ILUSTRACIONES DE LOS TEXTOS

Alfonsina Álvarez  
Federico Avila Corisini  
(IG: Dibujando al margen)  
Federico Dipila

Esta revista se terminó de imprimir en febrero de 2020, en taller propio - Marcos Paz, Pcia de Buenos Aires. Tapas a cargo de Entre Tintas - San Martín 77, Marcos Paz., Pcia de Buenos Aires.

Las opiniones vertidas por los autores de los distintos textos no reflejan necesariamente las de la revista.



Revista  
**Rocamadour**

REVISTA MENSUAL E INDEPENDIENTE

Febrero 2020  
Año I  
Número 12



**ANTONIO DI BENEDETTO**

**22** Un fondo de agua

**31** Una aproximación  
al objetismo

**37** DESPEDIDA  
por Celeste Silvero

**38** EL CUERPO QUE  
HABITO  
por Estefanía Brandán

**39** EL BAR (1976)  
por Alejandro Torress

**40** ESCRITOR FRUSTRADO  
por Salvador Silva

**CONTENIDO**

**05** LLANTO DE BEBÉ EN  
LA CASA DEL CUIDADOR  
por Hugo Canal Bialy

**08** TE ODIO  
por Andrea Riquelme

**10** LA PRINCESA ELEONOR  
Y EL BOMBERO  
por M. M. Álvarez

**17** HISTORIETA  
por Federico Dipila

**34** ÁMAME  
por Alejandra Llanos

**37** DAME  
por Diego Rojas

**43** JUEGO DE NIÑOS  
por Paula Aros

**LECTURAS VISUALES**

**45** ZAMA, DE LA ESPERA A  
LA IDENTIDAD  
por Pablo Ortiz

Todos los textos e imágenes publicados en este número son propiedad de sus respectivos autores. Queda, por tanto, prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos de esta publicación en cualquier medio sin el consentimiento expreso de los mismos. Por otro lado, esta publicación no se responsabiliza de las opiniones o comentarios expresados por los autores en sus obras.

## Editorial

El estilo prístico y experimental que tuvo Antonio Di Benedetto es y fue proporcional al modo que tenía de ver las cosas que lo rodeaban y a la filosofía existencial que representó; por ejemplo, al modo de percibir que la muerte es algo tan natural como la vida y no hay que hacer de esa vieja odiada un tabú mundial. Su pluma, ligera pero fuerte, y natural, aunque irreal, ha dejado en la historia de las letras una vasta cantidad de textos para no caer nunca en la irreparable agonía de perecer en el vacío literario. Este escritor y periodista argentino -periodista antes que escritor-, que según de dónde sople el viento ha sido elogiado como gran novelista o gran cuentista, ha dejado una gran marca en la literatura vanguardista latinoamericana que por momentos ha sido enmarcada, por Juan José Saer, como *uno de los momentos culminantes de la narrativa en lengua castellana de nuestro siglo*, y en la que ha llegado a decir que *Zama* (1956) es, por ciertos aspectos de su concepción narrativa, comparable a las obras mayores de la narrativa existencialista, como *La náusea* y *El extranjero*.

El factor poético de su prosa desarrolla la dolorosa tragedia de vivir y la lleva a niveles filosóficos, y en este sentido el silencio ha formado también parte de su vida, siendo algo fundamental para la construcción de sus obras tal como reza en *El silenciero* (1964): *Prefiero la noche, prefiero el silencio*. La necesidad de silencio en consecuencia del aislamiento es una de las constantes que marcó su proceso creativo. En una entrevista realizada por Jorge Halperín, publicada en Clarín el 14 de julio de 1985, especificó: *Si uno llena la soledad, no le tiene miedo. Yo escribía y pensaba. Mi método de trabajo consiste en pensar un párrafo, descomponerlo en frases y, luego, repitiéndolas en voz alta para percibir la cadencia que les he impuesto, corregirlas para que tengan una adecuada sonoridad, pensando cómo le van a resultar al lector*. En ese silencio donde crea, también piensa, elabora y le da forma a sus ideas. Busca una conexión entre la filosofía existencial que tanto lo influyó y su propia percepción. Reboza de ideas de muerte y lo naturaliza. Lo oscuro de sus tramas parece ser intencional y comparte un lenguaje que apela a la capacidad del lector para derrumbar tabúes: *Quizás pueda haber en mí algo de instinto de muerte, como lo hay en todo ser humano. No más que en los otros, confío. Solo que tal vez yo lo he meditado y lo he trabajado más, sin decidirme nunca a la ejecución. Y parte de este acarreo que va en la sangre y en el ejemplo, ya con carácter de autodestrucción parcial o progresiva más que de suicidio final o concluyente como tema permanente de muchos de mis trabajos*. Esta correspondencia que se puede atribuir a su forma de ser en la vida y en la literatura traza paralelismos con su prosa fría y distante pero original y única. Albert Camus ha sido, para él, un ejemplo de pensamiento y naturalización del pensar profundo, del cuestionar y del escribir para sí mismo.

Lo cierto es que no podemos leer a Antonio Di Benedetto sin pensar en su melancolía, en las penas que hicieron de aquella vida dura la fantástica literatura que representa una oda a la soledad, que es retribuida décadas después con las reediciones de sus libros, los homenajes, las notas de interés basadas en investigaciones de su vida. Y que conlleva, sin duda alguna, a la realización del trabajo de quienes intentan mantener viva su obra y memoria. Antonio Di Benedetto, durante toda su vida ha tenido que esperar y esperar, ha sido una víctima de la espera -a quienes dedicó el libro publicado en 1956- en el silencio y ante la humillación de no encontrar formas de justificar la desdicha vivida e inundada por el suicidio familiar, y palidecer frente a la idea de un final a la espera de posar sus pies sobre la tierra.

ALEJANDRO TORRES

# LLANTO DE BEBÉ EN LA CASA DEL CUIDADOR

Por Hugo Canal Bialy

Ilustrado por Fede Avila Corsini



**C**uando llegué a Córdoba, con mi esposa Natalia y mis dos hijos, Mauro y Carlos, buscaba otra vida más tranquila, que nos permita sentir la cotidianeidad en cosas

simples, como cortar leña para calefaccionarnos, ordeñar la vaca que nos daba su leche, cultivar la huerta o colaborar con los obreros que construían el gran hotel, en aquel paraje encantado de las Sierras Chicas, en el norte cordobés.

Faltaban apenas dos años para celebrar la llegada del nuevo siglo (1900), recientemente el ingeniero Cassaffousth, junto con Bialet Massé, habían inundado la estancia de Nicandro Paz, formando un lago artificial, el Lago San Roque y con cal hidráulica construyeron un paredón para el dique de contención, eran los inicios de Villa Carlos Paz, lugar veraniego que sería muy popular en las vacaciones mediterráneas de los argentinos, durante el siglo XX.

Pero nosotros fuimos contratados para instalarnos en un sitio de ensueño, más al norte de la provincia, en el centro del valle de Punilla. Llegamos en tren, bordeando aquel hermoso espejo de agua y sintiendo aire puro en los pulmones al conectarnos con un paisaje poblado de oxígeno, serranías, naturaleza virgen y llegar al pie del Cerro El Cuadrado.

El gran hotel en construcción, se llamaría Hotel Edén, con dueños alemanes, y una inversión millonaria para una élite europea, con un lujo nunca visto por estas tierras. Con el tiempo, del loteo de los jardines surgiría la ciudad de La Falda.

El cochero que nos vino a buscar a la estación de tren, era alto, de poco conversar y fumaba un delgado cigarrillo, que daba la impresión que se caería de su boca. Nos transportó en un carro tirado por cuatro caballos, atravesando cuatro kilómetros de una vegetación exuberante.

Al llegar, la fachada del hotel con toda la planta baja construida y parte del ala norte a poco de estar finalizada, nos recibió con sus imponentes y soberbios muros, desafiando al tiempo, custodiado por gárgolas y en el frontis de la edificación un águila dominaba todo, preanunciando la simpatía por el nazismo de los dueños en un futuro no tan lejano.

En el bosque trasero, cerca de la sala de máquinas, nos mostraron una pequeña casilla de madera

integrada por dos habitaciones y un baño, esa sería nuestra morada y casa de trabajo. Al aprobar la entrevista para el empleo como cuidador, o casero como se solía denominar por aquella época.

Los primeros días fueron de ensueño, los niños jugaban en medio de ese castillo monumental, abriéndose paso en los bosques, y mi esposa nunca realizó las labores domésticas con tanta dedicación, aunque esas jornadas iniciales constituyeron la calma que precede a la tormenta.

Una noche con temperaturas más bajas, anticipando el arribo del otoño, caían las tempranas heladas de abril, dormíamos agotados por las labores que nos dejaban exhaustos, me despertó cerca de las tres de la mañana el llanto de un bebé. La secuencia se repitió durante varias noches, se oía perfectamente como lloraba la criatura, sin rastros del bebito.

Una de esas noches, fastidiada por mis historias, se levantó Natalia a registrar la casa y comprobó lo mismo que yo, que el sollozo sonaba real, pero no tenía un correlato físico.

Durante la siguiente semana, hablando con un grupo de albañiles, me contaron la historia vinculada a las misteriosas escuchas lacrimógenas durante la madrugada.

El cuidador anterior con su esposa tenían un bebé, esa tierna presencia humana era lo único que los mantenía unidos, ella protestaba por el carácter violento y los malos tratos de su marido, y él al anochecer no dejaba de reclamarle por la poca atención que ella dedicaba a sus tareas asig-

**“Una de esas noches, fastidiada por mis historias, se levantó Natalia a registrar la casa y comprobó lo mismo que yo, que el sollozo sonaba real, pero no tenía un correlato físico.”**

nadas y los pobres resultados al final de la jornada.

Una noche invernal muy fría, estaba nevando, el casero se despertó al notar que la frazada se había caído de la cama y que su mujer no estaba,

**“Dormimos mal, nos peleamos cada vez que cenábamos, todo lo agradable y placentero se estaba convirtiendo en un verdadero infierno. Hasta pensé que sería mejor marcharnos de allí para siempre.”**

sumado al llanto desconsolado del hijo de ambos en la cuna. Fue a socorrerlo, y en el ambiente reinaba el silencio y la cuna estaba vacía. Cerca de la puerta casi lo pisa, estaba todo sucio, su carita cubierta por lágrimas secas, y su pequeño cuerpo inerte, congelado, muerto por hipotermia. Nunca más volvieron a ver a la esposa del sereno, que renunció a los pocos días. El puesto estuvo vacante, intentaron ocuparlo, pero sucedía lo mismo que cuenta usted, en las noches se escucha ese lamento fantasmal, hasta que llegaron ustedes, una familia laboriosa, bien constituida, pensamos que se había terminado, pero evidentemente la maldición continuaba.

Dormimos mal, nos peleamos cada vez que cenábamos, todo lo agradable y placentero se estaba convirtiendo en un verdadero infierno. Hasta pensé que sería mejor marcharnos de allí para siempre.

Hasta que una noche empezó a nevar, el frío se hacía notar, y en el momento más oscuro, nuevamente el llanto del bebé nos devolvió a la realidad, mi esposa furiosa no se pudo contener y fue directamente a averiguar de una vez por todas, el motivo de esa molesta irrupción. No hubo rastros de ningún niño, nuestros hijos dormían en la pieza contigua, pero al regresar al comedor se quedó paralizada frente a la ventana que daba al hotel, y en la parte exterior, parada sobre la nieve con una capelina que le cubría la cabeza, y apenas un saco de lana, el fantasma de una señora estaba acechando la casa. Las dos mujeres permanecieron mirándose fijamente durante veinte minutos, espacio de tiempo cercano a una eternidad por el surrealismo de la escena, mi mujer transpiraba, pero no se movía y sus ojos no podían apartarse de aquel espectro, en su interior se preguntaba, qué buscaba o qué pretendía, al llegar en medio de la desolación y presentarse así, si daba un solo paso tenía a mano el cajón de los cuchillos. Le grité porque no volvía a la cama, y en esos segundos de distracción, mi esposa pestañó y cuando volvió a mirar la figura de la dama ya no estaba.

Por la mañana, después de despejar la nieve del camino principal, y también de pensar ayudado por el viento helado que me despejaba el rostro, ayudado por los tibios rayos de sol, fui a tomar unos mates con Nati y sacamos conclusiones sobre lo ocurrido la noche anterior.

El alma que nos visitó, correspondía a la esposa del cuidador que nos precedió, ella huyó con culpa al dejar morir a su hijito en aquella cruel noche, o tal vez no pudo salvarlo y se le murió en el intento. Y vino a su manera, a sanar sus culpas y pedir perdón ante la actual mujer que ocupa su lugar.

Después de aquel extraño suceso, trabajamos siete años más, hasta la inauguración formal del Hotel Edén. Nunca más oímos llantos de bebé.

# TE ODIO

Por Andrea Riquelme

**Q**

uédate tranquilo que te odio.

La primera vez que dijiste que me odiabas estábamos en un bar. Hacía calor y fue un día antes de tocarnos la piel. Y en lo recóndito de mi cuerpo, esas dos palabras resonaron.

Aprendí a prestar atención cuando algo me resuena.

Seguro que hoy no quieres leerlo...

¿vos pensabas que cuando odio, odio así nomás? Hace algunas horas me pediste que no espere, hace algunas horas viajé hasta mi cuarto (a donde ahora estoy sentada) y ese viaje fue eterno, parecía que no llegaba más. Viajé observando a la ciudad por la ventana del colectivo y ahí me pregunté cómo llegué a esto.

Debería haber frenado cuando me daba cuenta que despertaba de madrugada, ¿pensabas que no despierto de madrugada?

Me pongo ansiosa,

Y te abro la puerta para invitarte a pasar. Me escribiste profundo y hoy miré tus ojos arrepentidos. Así llegué a mi cuarto y toqué madera para estar equivocada.

Y aunque no te invite a pasar estas acá. En cada rincón de mi espacio, así como si también fuese tuyo y te hubieses acercado a perfumar las paredes.

Quédate tranquilo, no te espero, pero te odio.

Y no te voy a esperar, pero el aroma no se va.

Te odio. Vos me lo dijiste, hoy yo no voy a callarlo.

Odio cuando me diste el primer beso, odio haber sentido esa atracción reprimida.

Odio tus primeras caricias en la cintura. También al verano, al otoño, al invierno, a esta primavera llegando y a los domingos ausentes.

Odio el vacío que surge cuando no puedo obsequiarte el terror, la lluvia, la pasión.

Odio ser tan transparente y que te des cuenta que siempre estoy acá. No poder frenar a mi cuerpo, aunque mis ojos puedan fingir el no mirar.

En estos momentos me encuentro con el odio que fue naciendo mirándonos... Y hablando al unísono.

Quédate tranquilo. No me dolió haberte escuchado, ya puedes dormir sin ruidos porque yo nunca te extraño. No se derrumbaron las paredes, quedaste tranquilo que yo solo amo.

¿Te hablé de los miércoles? También los odio. Y el darme cuenta que los aguardo.

Odio a Renata en su canto, las palabras que me surgen mientras te estoy mirando y las derramo en papeles para evitar que me cubran.

Odio haberme visto sentada, acá horas en el cuarto. Pensando en cómo resolver esto de inmediato y que con una sola mirada olvide registrarla. Odio

Haberte dibujado

Odio

A la araucaria

Odio

El calor del pecho, mis hombros, la suavidad de tus manos.

Odio

Tener que contarte que estoy hecha retazos.

En el parque, el suelo, el sillón, el aula, en la plaza, el viaje, la calle, tu casa. En todos esos espacios te odio. Y en los que invento... también.

¿Creías que hay lugares en los que no te odio?

Cuando el hombre que no tenía sombra se encontró con la misma, allí en la punta de su cama y luego de que el miedo terminó de atravesar su cuerpo, se sentó de cuclillas y se permitió emocionar. Y cuando nos permitimos la emoción recordamos que no somos abstractos. Su sombra lo cubrió por completo y le contó al oído qué era lo que se encontraba haciendo allí.

-Te vine a recordar quién sos y a decirte que, aunque tu terquedad no lo tolere, formo parte de tu persona. Y si te sentís traicionado, cobarde o frustrado, lee las palabras que se esconden en los gestos, presta atención a lxs niñxs que te sonríen y busca comprender la verdad... hiciste las cosas bien...

Pero hazte cargo, ser quien sos me hizo odiarte.

# La CHURRERIA DE MARCOS PAZ

PASTELERÍA • BOLLERIA • CHOCOLATERÍA

Cafetería  Licuados  
SERVICIO de Mate

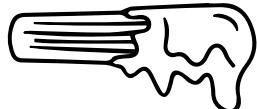


Otras  
delicias  
Donuts



¡Nueva sucursal  
Mariano Acosta!  
visitános en Superí 679  
(frente a la  
cooperativa)

## Churros!



Rellenos de Dulce de Leche | Crema Pastelera | Bañados en Chocolate

Churros de Chocolate | Porras madrileñas | Churros Valencianos

Churros Bombón | Churros Salados

## Tostados - Berlinesas

## Pastelitos

Waffles - Panqueques

Marcos Paz  
MÁGUE  
3132



# LA PRINCESA ELEONOR Y EL BOMBERO

(FRAGMENTO PRIMERO)

Por M. M. Álvarez

Ilustrado por Alfonsina Álvarez  
(una niña de tan solo tres años)



**E**l pájaro revoloteó entre las gruesas y chamuscadas antorchas -obsoletas hace tiempo, ahora trastos de pura decoración-, abrió las alas verduscas, aterrizando, empapado de aire y del calor del amanecer en el balde de madera que, sujeto a una tosca cuerda, oscilaba en el horcón del aljibe. De allí tomó, con su pico del color de los granos de café, un poco de agua acumulada.

Bjert, el guardia, volteó al moverse levemente la polea que sostenía la soga, soltando un chirrido de metal viejo. El yelmo, impregnado de su alieno rancio, le obstruía la vista, por eso decidió correr hacia atrás la visera para deleitarse ante el magnífico ejemplar. Alargó una mano enguantada y murmuró una letanía de palabras desconocidas, arcanas, que dejaron de pronto tesa al ave. Esta cayó con un débil *plop* dentro del balde y el guardia, hundiendo sus dedos en el agua tibia, la rescató y la amparó en su palma, estudiándola. Su dedo índice era monstruosamente inmenso gracias al guantelete y a pesar de que se le dificultaba logró acariciar el manto brilloso del plumaje, abriéndose paso en las profundas raíces hasta encontrar una prodigiosa familia de ácaros negros. Gruñó, a pesar de la ternura con la que se había expresado y el sonido se amortiguó en la celada del yelmo. Y como si ese gesto aplicase fuerza a su próximo movimiento gruñó de nuevo. Esta vez torciendo el cuello del pájaro hasta quebrarlo. Luego lo guardó en un bolso de cuero curtido que descansaba a sus pies.

\*\*\*

Aquella noche los estandartes de la familia Munro, de un azul cobalto, propio del océano luego de revueltas sus entrañas por el hacinamiento de alguna tempestad, y con el escudo de la cimitarra en un plateado luminoso, flameaban por medio de una bocanada de aire caliente, trayendo consigo polvo y el resabio del hierro forjado, dormido, de la artillería naval, depositado en los barcos encallados en la costa, que se discurría desde el sur, apelmazándose entre las ramas de los sauces y los sicomoros.

Un rayo cruzó el cielo y las ventanas del castillo temblaron ante el rugido del trueno inminente.

—Repasemos —dijo el hombre de la túnica paseándose por la habitación de piedra acondicionada—, ¿qué es lo que aprendimos en el transcurso de la clase, Nory?

—Pues que los adeptos a McDougall creen fervientemente en que el alma tiene un peso de veintiún gramos, y que los damascos de Kirmith son, para eunucos y visires de los sultanes, la exquisitez más grande del mundo.

—Te escucho... —dijo uniendo sus manos detrás de la espalda.

—Los veintiún gramos se pierden en el momento posterior a la defunción. La llamada esencia inmortal que escapa del organismo como un suspiro encerrado en un frasco. Una operación matemática. Una simple operación matemática.

—¿Y los damascos?

—*Prunus armeniaca*. En árabe *āl-barqūq*. Originaria de Asia Central. Hice un dibujo— dijo quitándose el pelo castaño de la cara y desenrollando una hoja amarillenta sobre el pupitre—. En la novela gótica *Vathek*, de Beckford, pude hallar varias alusiones a dicho fruto, pero no así del árbol. El fruto es el que cobra verdadero protagonismo.

—¡Espléndido!

—Gracias, padre.

—¿Y ahora, por qué debería de importarme a mí lo que acabo de escuchar de tu boca?

La princesa Eleonor, hija del rey Hafid Munro, quien le impartía clases en ese momento, manejando el puntero de madera sobre la pizarra con el ímpetu de un militar, acostumbrada a aquella ruptura en el comportamiento pedagógico de su padre, depositó su mirada, inerte, casi aburrida, en uno de los largos y altos ventanales del estudio, desde donde se podía ver con total claridad el acumulamiento de nubes grises, atiborradas de cargas negativas.

—Sé que es algo que aflige tus pensamientos, hija. Pero no deberías prestarle demasiada atención.

—No sé de qué hablas, padre.

—Detrás de esas paredes no solo está la tormenta, que por lo que veo no va a tardar mucho en descender; ahí está nuestro jardín, y en ese mismo jardín también se encuentra el aljibe.

—No estaba pensando en eso —mintió.

—Recordá como terminó tu abuela.

—No es eso. Es que todavía me cuesta afrontar el hecho de que mis orejas sean más grandes de lo normal. De la oreja promedio, por así decirlo.

—Hija, por favor, ya pasamos por esto. Mayor oreja, mayor cartílago unido al hipotálamo. Lo sabes muy bien. Por lo tanto mayor inteligencia. No hace falta que te lo recuerde: la sangre de los *djinn* corre por tus venas como un río de sabiduría.

¿Pero cómo podía quitarse de la cabeza el continuo aleteo que impregnaba con ecos el húmedo recubrimiento del aljibe, desde el cual en las noches de insomnio, luego de bajar los escalones de la torre donde se hallaba su dormitorio, podía acercar el rostro a la respiración fresca y mineral que devolvía el interior del pozo, adosado de tierno musgo, y descubrir allí, junto al cómplice asentimiento de Bjert, un fuerte olor a limón amargo mezclado con flores de lavanda?

—Cuando tenía tu edad odiaba pensar que algún día me tocaría llevar la corona de zafiros de mi padre. Sostenía, muy a pesar de lo que dijieran en contra de mis argumentos, que mi cabeza no sería compatible con semejante tesoro; que terminaría arruinándolo.

—Padre...

—Yo sabía que no era una obligación portarla todo el tiempo, sin embargo, haciendo oído sordo a los rumores que pululaban por ahí, acerca de que se llevaría a cabo una expedición, avalada por mi padre, a las minas de zafiros para confeccionar una corona nueva a mi medida, tuve que ceder por la realidad de que llevaba involucrando a una cantidad abrumante de familias, que de seguro trabajarían en precarias condiciones, acoplándose al deseo, no a la necesidad, de un niño malcriado. Eso me pareció ridículo. ¡Yo me parecí ridículo!

—¡Padre!

—Sí, hija, perdón.

—¿Por qué debería de importarme a mí lo que acabo de escuchar de tu boca?

Ambos se miraron por un segundo y luego estallaron las carcajadas, mucho más fuerte que los truenos de fuera.

\*\*\*

Antes de salir del estudio se detuvo en el umbral, paralizado por la incertidumbre que le provocaba el futuro de su hija. Trazó círculos entre su escritorio y el único y solitario pupitre que utilizaba Nory para recibir y procesar la información que se le daba. Todo aquel silencio y ausencia lo colmó de angustia y le abrazó el corazón con una tenaza hecha de niebla, prefigurando una soledad que ya iba afirmándose en él, empujándolo hacia el otro lado, ese lado en el que ya no tendría control alguno de las cosas. Ella estaba a un paso de cumplir la mayoría de edad y lo aterraba que se hartase de su protección. Se detuvo allí, tratando de leer, de entender, las señales que emitía su cuerpo, tratando de sobreponerse a la reverberación de sus órganos y huesos. ¿Qué más podía hacer que ya no hubiese hecho antes?

La tormenta perló de gotas los altos ventanales. Con atención estudió una en particular, que a comparación de las demás parecía ir a la carrera, surcando lo extenso del vidrio, esquivando y engrosándose un poco más en cuanto chocaba y absorbía otras gotas en su camino. En ese ejercicio acuático había todo tipo de música. Y resolvió que esa gota era su hija, ansiosa por crecer y tensar las cuerdas de su destino.

**“Todo aquel silencio y ausencia lo colmó de angustia y le abrazó el corazón con una tenaza hecha de niebla, prefigurando una soledad que ya iba afirmándose en él, empujándolo hacia el otro lado, ese lado en el que ya no tendría control alguno de las cosas.”**

Si se diese el lujo de pensarlo dos veces podría volver a encontrarse entre las filas de sus soldados, omitiendo a propósito cualquier queja que ella pudiese darle. Se alejaría como antaño a tierras oscuras donde la barbarie de los Gigantes llevaba siglos diezmando a la gente del desierto y podría morir, claro que sí, ahora que la barrera de los sesenta había sido dinamitada notaba cierta falta de experiencia a veces al blandir la cimitarra, descubriendo qué poco había faltado para que se le cayera de las manos en los entrenamientos con los espadachines aspirantes. Aun así, desarraigado de sus intentos por parecer imprescindible, volvería a ella. Se preocuparía hasta el punto de mandar a una de sus guías *hercinias* a través de kilómetros y kilómetros de vientos huracanados, infestados de lanzas y flechas, para que arrastrara sus filosas garras sobre la tierra y dibujara un mensaje breve pero certero: *No hay, hija, mayor tesoro en la Alhambra.*

Trató de recordar lo que podría haber sido su primer acto de rebeldía. Inferir a los seis años que los animales, víctimas del encierro, debían tener en contribución a su paz mental, una franja horaria establecida donde pudiesen sentirse libres,

alejados de la falta de tacto de sus cuidadores, fue el comienzo de una serie de objeciones que moldearían su excesivo carácter. O cuando se le dio por cuestionar el sistema de cableados que cruza el interior del castillo, o el apartado de libros prohibidos, encerrados bajo llave en lo hondo de la biblioteca. La insistencia, al mostrárselos, por conocer el significado de sus nombres: Mecánica e Ingeniería. Viajó sin cesar por complicados esquemas de posibles causas y dedujo que el acto en sí, en su más pura cualidad adolescente, fue al transcurrir su segundo año de idiomas. Cierta mañana, él, luego de ensillar a las yeguas, se aproximó al castillo de reminiscencias islámicas y lavándose la cara en la fuente escuchó sorprendido cómo Eleonor prácticamente gritaba el estribillo de *Papa don't preach*; y aunque era consciente de que ahora dicho álbum formaba parte de su discografía esencial, en aquel entonces sospechó que el material, perteneciente a la colección de su esposa, pudo ir a parar a sus manos con la intención de adelantar su desarrollo, de incitarla con la seductora idea de "negarse a las imposiciones", por el simple hecho de que entendía y finalmente utilizaba la letra a su antojo. Najbila



**Vaquería Unisex**

**Independencia 117/123 - Marcos Paz - 477-0722**

(Aceptamos todas las tarjetas de débito y crédito)

**Lunes a sábados de 9 a 13 / 16.30 a 20.30**

solía hacer eso, al fin y al cabo era su única hija, y si Madonna transformaba, para bien o para mal, el criterio de la muchacha, eso era enteramente su culpa.

Tuvo que pasar mucho tiempo antes de admitir que Madonna le había librado de ataduras que ni él mismo conocía o imaginaba que pudiera estar padeciendo su hija.

\*\*\*

Ni siquiera hizo falta anunciarle para que la anciana, guiándose por la sombra proyectada bajo su puerta, le diese la bienvenida con un melodioso *Adelante, querida*.

La princesa Eleonor tuvo frente a ella una vez más la pintoresca sala de estar, adornada con tapices, cuadros con paisajes de la sabana y un hogar de piedra construido en un rincón.

—Sentate, pequeña. Estaba por prepararme un té de manzanilla. ¿Te gustaría uno?

—Sí, gracias abuela.

**“Trató de recordar lo que podría haber sido su primer acto de rebeldía. Inferir a los seis años que los animales, víctimas del encierro, debían tener en contribución a su paz mental, una franja horaria establecida donde pudiesen sentirse libres.”**

—Se a lo que viniste —dijo la amable pasa de uva, bamboleando una hilada de rastas que, manando de un pañuelo atado a su cabeza, le daban un aspecto de medusa africana—. Y pienso

que es un grave error.

Movilizándose con la ayuda de un bastón de ébano fue hacia la cocina, donde cargó hasta la mitad de agua una pava eléctrica que a su vez enchufó, mediante un cable, en un orificio de tres ranuras en la pared. Presionó un botón y este se encendió en un rojo fluorescente.

—¿Alguna vez te pusiste a pensar en él?

—Eleonor claramente dirigió la pregunta a la anciana, aunque situando su vista más allá de la ovalada ventana que profería algo de claridad a la desencantada mesa, que combinaba a la perfección con los tapices colgados, seguía fascinada la serie de temblores que atacaban los hombros, pesados por las piezas de armadura, del pobre guardia del aljibe. —¿Pensaste en que puede tener familia? ¿Una esposa? ¿Dos hijos, tal vez? ¿O que su interés llegara, al igual que pasa conmigo, a centrarse en la desolación, mientras el frío y la lluvia le devoran las articulaciones? ¿De la fragmentación de los sueños? Te voy a contar lo que pienso de eso: Es un rastro de migajas que se borronean lentamente en los esporádicos picoteos de un gigantesco y lúgubre pájaro; un mensajero del olvido. La fragmentación de un sueño, digno caballero, es la brumosa catástrofe que recibimos en partículas huérfanas de exquisita desolación. El pozo está repleto de desolación y esos pájaros, oh sí, claro que puedo escucharlos al batir sus alas durante las largas noches entre las paredes húmedas de vegetación. Alas negras como de murciélagos.

—¿Niña por qué pensás en esas cosas? —preguntó la anciana, recta, como si el bastón fuese un pobre accesorio sin razón de ser—. Una niña como vos tendría que pensar en la hermosura del amor, por ejemplo.

—No soy una niña, abuela. Tengo diecisiete años.

—Para mí siempre vas a ser una niña.

—¿En serio nunca te cuestionaste acerca del guardia del aljibe?

—¿Bjert?, ¿por qué debería de hacerlo? Solo cumple con su trabajo.

—Es un problema muy grande el no preocuparse por los demás.

—Lo único que sé de él, además de que protege el pozo, es que firmó un contrato con tu padre para prestar servicios a la corona de forma indefi-

# **“El pozo nos ha dado y nos ha quitado, pequeña. Es algo que tenés que entender. Y aunque de su interior surgieron las más destacadas maravillas de esta era, volvió avaros hasta a los humildes.”**

nida. Con una única condición: que lo dejaran continuar tranquilo con sus experimentos en el bosque.

—¿El bosque? ¿Es ahí donde vive?

—El pozo nos ha dado y nos ha quitado, pequeña. Es algo que tenés que entender. Y aunque de su interior surgieron las más destacadas maravillas de esta era, volvió avaros hasta a los humildes. Lo que un día extraímos de allí servía para deleitarnos en fantasías acerca de lo que podíamos conocer a continuación. Nada nos saciaba. El pozo, según El Gran Libro, es una herida en el espacio y el tiempo. Lo único que lo mantiene despierto somos nosotros, de lo contrario seguiría siendo a simple vista una perforación en el suelo. Bjert, como decirlo, protege al pozo... de nosotros. Tal como hicieron otros antes de él.

—El abuelo entre ellos.

—Tu abuelo fue uno de los que desobedeció y lo traspasó; retornando con vida y milagrosamente cuerdo. Vale decir que se convirtió, luego de los continuos viajes, en una especie de fruta de cual jugo nos abusábamos una y otra vez. ¿Estás segura que a tu padre no va a darle un infarto si se entera que estás acá hablando conmigo de esto?

—Él apenas cree que podés hablar, abuela.

—¡Pero claro que puedo hablar! Y hablo muy bien. Solo que él ya no me escucha. Piensa que la muerte de tu abuelo detuvo las manecillas de mi reloj y que solo puedo vivir en el horario preciso

en el que estas se han detenido. Está tan equivocado.

—¿Y no te molesta eso?

—Sí y no. Uno tiene que aceptar el rol que le ha tocado en la vida, pequeña, sino la persona se vuelve miserable.

—¡Aborrezco ese pensamiento!

—Hija mía...

—¡No! ¿Por qué agachar la cabeza y dejar que el filo de la guillotina caiga con todo su peso?

—Eleonor, estoy de tu lado.

—Lo sé, abuela, y no digo lo contrario, pero me hablás como si ya no hubiese esperanza. ¡Me hablas del amor como si fuese una materia obligatoria!

—Esa fiereza, me haces acordar a tu madre.

—Mi madre fue una cobarde que no soportó los cambios que ocurrieron a su alrededor. Su fiereza, como bien decís, fue una máscara que reservaba para unos pocos y que al acudir sin medida a su refugio el tiempo terminó por hacérsela pedazos. ¡Odio todo esto! ¿Acaso alguien elige algo en su vida? Ni siquiera somos culpables de nacer. ¡Ni de la prisión de nuestro nombre! ¡Limitaciones y categorías! Jamás pedí pertenecer a la realeza. Jamás pedí que se me adoctrinara como se me adoctrina. ¿Por qué siento que soy la única en este lugar que sospecha que no todo corre por un mismo riel?

—Quien diría... —dijo la medusa africana, con los ojos entornados, alejándose hacia la cocina. La pava eléctrica largaba un pitido ensordecedor. Se ocupó de ello y volvió con una taza de metal en cada mano—. Voy a ayudarte. Pero antes hagamos un trato. Hay algo que deberías saber con respecto al pozo, si estás planeando hacer lo que yo creo.

—Con estas orejas puedo decirte que “soy todo oídos”. Gracias abuela.

—Este es serio, Eleonor.

Sentándose acarició, siguiendo la circunferencia, la vaporosa boca de la taza. Y con airesolemne recitó:

*Cáscaras y cerrojos  
voices que susurran  
El Bombero se percata  
de los ojos que lo alumbran*

# ¡Atención, escritores, Ediciones Rocamadour convoca!



Gracias a nuestros anunciantes, suscriptores, y al valor que le han dado los lectores, Revista Rocamadour puede ver la luz cada mes; pero no menos importante son nuestros escritores, los que hacen posible que nuevos mundos vean la posibilidad de existir más allá de la imaginación de cada uno. Por eso, queremos invitar a todos aquellos que se animen a publicar, de manera gratuita, en esta hermosa revista. No hay un requisito de edad ni experiencia, solo ganas.

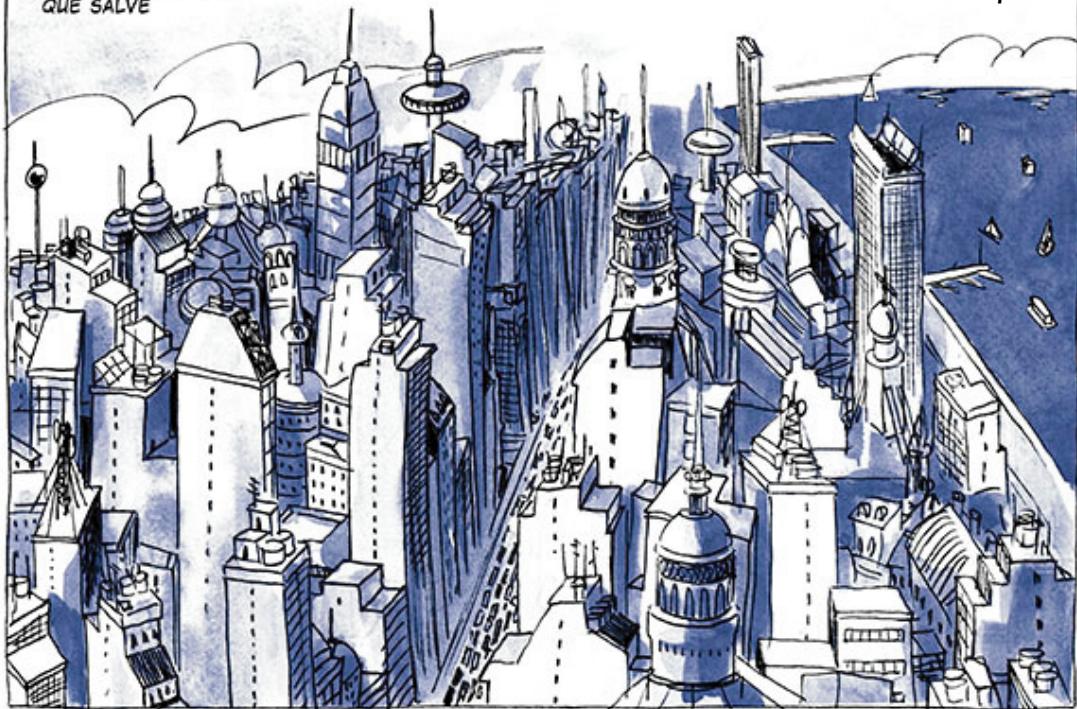
Si todavía no te convenciste, podés participar a través del seudónimo que elijas. Mandanos un cuento, poesía u otra prosa breve de no más de 900 palabras. Si te animás podés escribirnos para más información a la casilla de correo al final de este anuncio y verte en las siguientes publicaciones a través de tus propias palabras. El archivo a publicar deberá ser enviado en Word (o cualquier otro procesador de texto), y previamente corregido, ilisto a ser publicado!



NOTA: Por cuestiones de espacio, los textos que no sean seleccionados para la revista, automáticamente serán publicados en nuestra web:  
[www.edicionesrocademour.com.ar](http://www.edicionesrocademour.com.ar)  
Mail: Alejandrotorres\_lp@hotmail.com

OBSERVO LA CIUDAD  
QUE SALVE

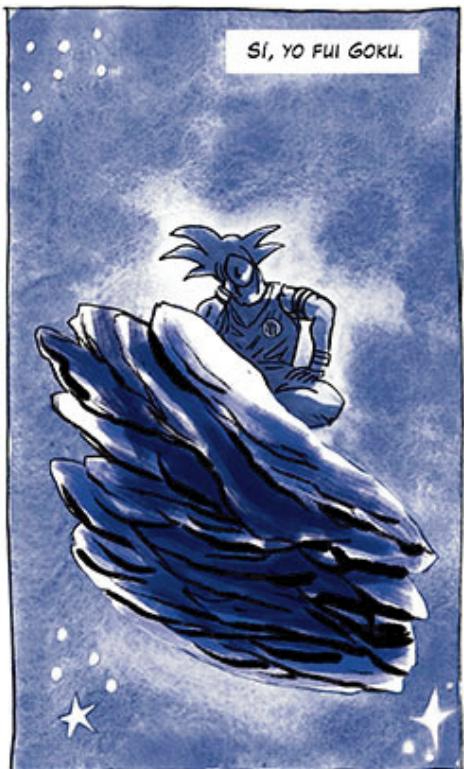
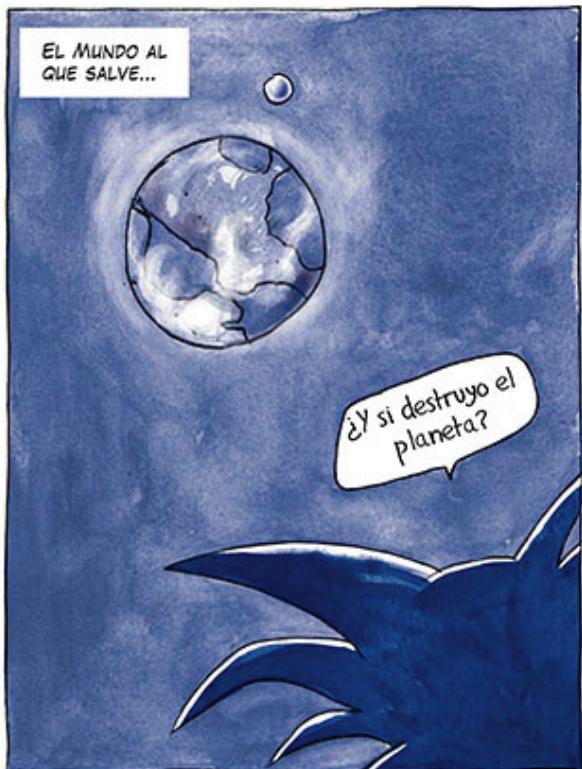
Por Federico Dipila



EL MUNDO AL  
QUE SALVE...

¿Y si destruyo el  
planeta?

SI, YO FUI GOKU.



RECORRO LAS CALLES DE UNA CIUDAD  
CUALQUIERA. SIN PODER LEVANTAR  
LA MIRADA.



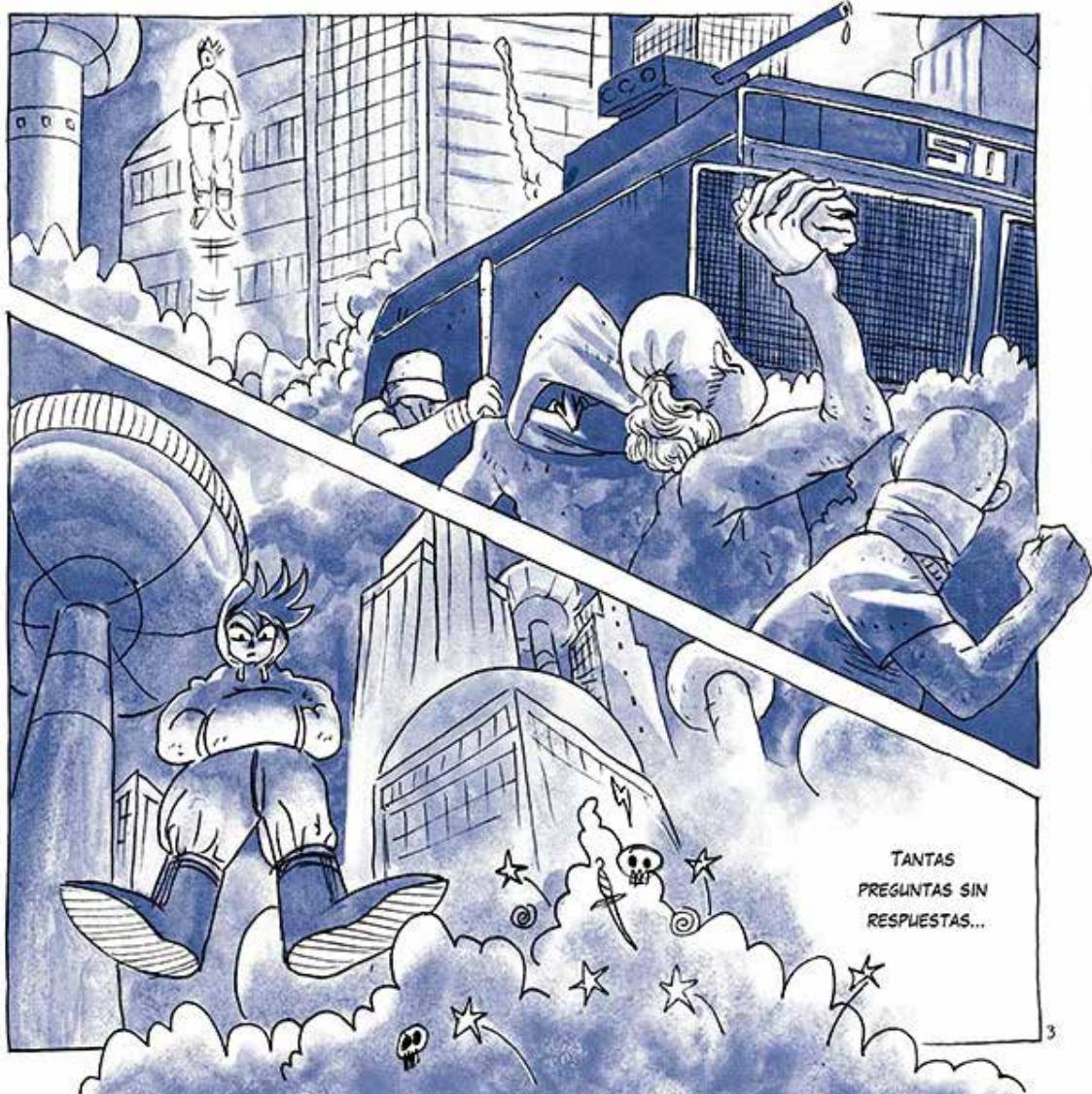
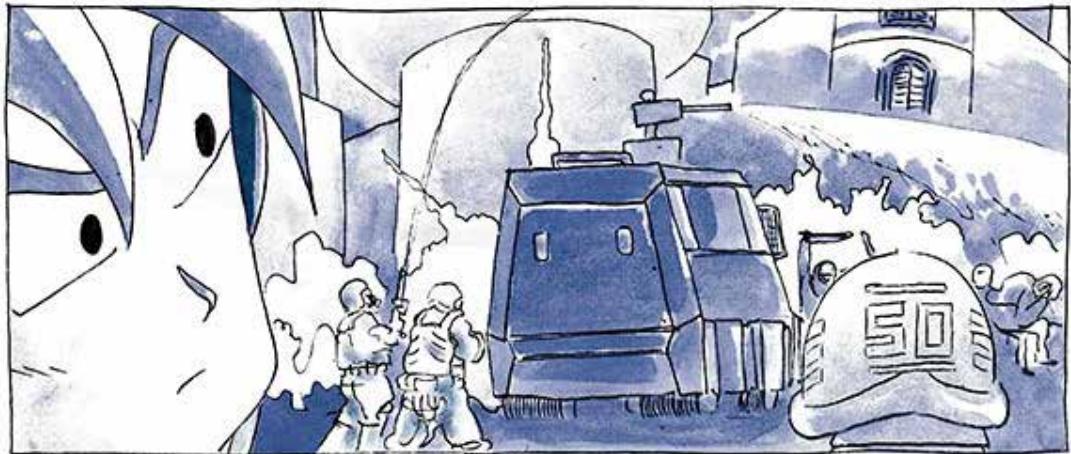
AYER TUVE UNA PELEA.

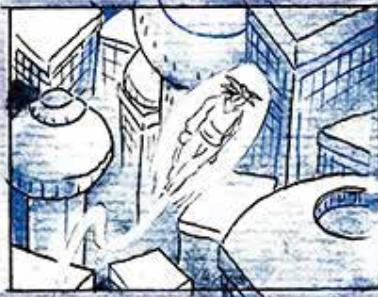
ÉL ME DESAFÍO Y TUVE QUE  
ACEPTAR, DE LO CONTRARIO  
DESTRUIRÍA EL PLANETA.

FUE UNA PELEA DURA, SENTÍ  
MIEDO. PERO LOGRE  
VENCERLO. DE UNA PATADA  
LE ROMPI LA ESPINA, LUEGO  
LE ARRANQUE LAS BOLAS Y  
ME LAS COMÍ.

AYER MANDÉ A LA DIMEN-  
SIÓN DE LOS MUERTOS AL  
ÚLTIMO INTERESADO EN  
ESTA TIERRA.  
AL PARECER, LOS ÚNICOS  
INTERESADOS EN ESTE  
PLANETA SON LOS QUE  
PLANEAN DESTRUIRLO.







SOY EL QUE JUGO FUERTE CUANDO  
HABÍA QUE PONERLE EL PECHO.  
AQUEL QUE SE SACRIFICÓ POR TODOS.  
EL QUE MATO A SU PADRE Y SUPO  
VIVIR EN SOLEDAD.  
SOY AL QUE MATARON MÁS  
DE UNA VEZ Y PUDO VOLVER.  
SOY EL QUE VUELA, PATEA, DESTRUYE,  
REVIENTA...

¡PUEDO DESTRUIR UNA  
GALAXIA SI QUIERO!

Y AHORA...  
OLVIDADO POR TODOS,  
NINGUNEADO. DERROTA-  
DO POR UN MONSTRUO  
VIRTUAL DISEMINADO EN  
CADA HABITANTE DE  
ESTE PUTO PLANETA.

AYER SALVE AL MUNDO POR  
ÚLTIMA VEZ. PUES NO PUEDO  
SALVARLOS DE UD'S. MISMOS

ESTE MUNDO, QUE ME TIENE REPODRIDO, YA NO  
NECESITA HÉROES, SI NO, CONCIENCIA. CONCIENCIA  
DE SU PROPIA DEGRADACIÓN. MI FUERZA DESTRUCTIVA  
NO CONDUCE A NADA. LOS LIBERO DE MÍ MISMO.  
ME VOY HACIA EL SOL, A CURAR MIS HERIDAS.

# *Andorra's*

*RESTO*

011-5199-3930

f Andorra Marcos Paz Resto

Andorra.MarcosPaz.Resto

INDEPENDENCIA 462 -- MARCOS PAZ

VISITANOS DONDE VOS PREFIERAS  
TODOS LOS DIAS DESDE LAS 08.00  
HASTA LAS 24.00.



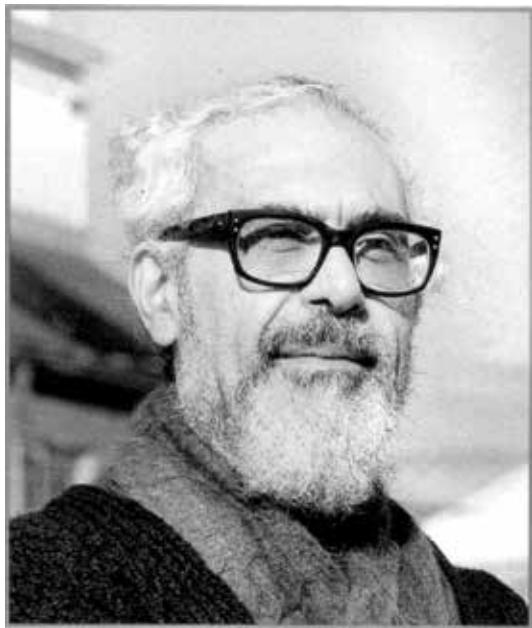
# *Andorra's*

011-5031-5938 f Andorra El bodegón del Pueblo Andorra.Elbodegon.del.Pueblo

BELGRANO Y PELLEGRINI -- MARCOS PAZ

# Un fondo de agua (1978)

Por Antonio Di Benedetto



**L**os susurros de la noche reculan, para Lumila, y desaparecen. Se le hacen un vacío en la mente y se adormece. Por más que se enzarcen tenazmente en el monte, lancen bocadas como suspiros, o chirrén, o se parezcan a los lamentos y el peligro.

Duermen bajo la noche, la Lumila, un sueño ligero y frágil. Se le quiebra y le pone los ojos muy abiertos lo que viene de adentro: el presentimiento. No vuelve su hombre. No es de fiar tanta ausencia.

Ya no dormirá, mientras no lo vea; se perece por verlo, aunque no aparezca sano... ni entero. Se retrae y se comprime ante este último pensamiento: que regrese, del boliche del rancherío lejano, con algunos tajos en la cara o en el cuerpo.

Todo el silencio -que no es silencio, sino murmullos apelmazados para su conciencia, porque no llegan los sonidos que ella aguarda- se

apelotona y se le hace como una bola que le estorba en el vientre.

Tiene ganas de llorar, en estas altas horas más que nunca, pero se frena, atenta a oír, porque aun a distancia la consolará cualquier indicio del jinete. No tiene que adivinar la naturaleza de los ruidos, sin esmero los descifra todos, de las aves y las alimañas, o del aire. Busca quedarse en blanco de ellos, para filtrar el que le conviene. Busca recobrar memorias agradables, para distraerse, y entonces percibe batir dealas, que se le ocurren más poderosas que las comunes, y se acuerda de otro terror de la infancia: el pájaro enorme con cuerpo de pez.

—Y sin patas —suele comentar su hombre, que asegura haberlo visto.

—¿Y cómo hace para posarse? —ella ha porfiado siempre, esperanzada en que sea falso que ese monstruo existe.

—Se posa en el agua.

—Por aquí no hay agua.

—Antes la había, grande como el mar.

—Pero si no eras nacido, Gabriel...

Acorralado, porque jamás logra establecer si vio al pájaro, lo soñó o es de oídas que lo describe, el hombre rearugmenta:

—Asienta en la arena lisa, todo esto que fue el fondo del agua grande.

El oído entrenado de la Lumila no podía distinguir, tal vez, el asentarse de los cascos del caballaje que está volviendo, acallado por el manto de arena, si no fuera porque las herraduras se dan constantemente con las conchillas de moluscos, que tapizan de blanco, matizado de celeste, vastas extensiones de eso que, dicen, fue mar, y es donde el matrimonio anidó su pobreza.

El caballo se detiene. Merman para Lumila las referencias, y pasa rato. ¡Ha venido solo?... ¿Se ha desgraciado Gabriel?... Espera, mordiendo el borde de la sábana. Lumila no puede salir a ver con sus ojos, esta anudada a la cama.

El animal suelta un relincho prudente, que a la Lumila le confunde las impresiones: parece relincho de alertar a los de la casa, o de sentirse

solo y llamar a la gente habitual; también, por fortuna, semeja un modo de despabilizar al que lo monta y avisarle que han llegado a destino.

Después, un ruido seco de fardo que cae (o de cuerpo muerto que se derrumba). Para Lumila subsiste la espera, aún, pero más desesperada. Porque ella imagina que le mataron al hombre, lo cruzaron sobre la montura y soltaron la bestia seguros de que enfilaría al corral.

Todavía se intriga, porque no puede acudir a indagar con su propia mirada.

Más rato y, tras algunos sonidos precursores, el amo del hogar, medio piltrafa el porte, se encuadra en el vano de la puerta, cara turbia frente al resplandor sereno de la candela.

Para Lumila vienen juntos un lloro rabón y consolado y una sensación que de una sola olida -ha irrumpido un vaho de alcohol en la atmósfera- le hace proferir el reniego de: "¡Jiede!..."

El hombre gatea hasta el lecho, lo escala como puede, prendiéndose de las curvas de hierro del respaldo, al tumbarse medio aplasta a la mujer pasiva, y sin preparativos lo fusila el sueño.

\*\*\*

Lumila despierta con sed que apacigua un resto de agua que mantenía el tazón. Le apetece más; sin embargo, no la pedirá del durmiente, que con tanta serenidad, sin hacerse sentir, reposa a su lado.

Oscuras mariposas de terciopelo revolotean sobre Lumila y, al fin, le cubren los ojos, entre-gándola a una nada tranquila.

De cuyo dominio otra vez la extrae la sed. Pero ya es el alba y el ansia se le hace de mate que viene mezclada con hambre, porque el Gabriel faltó ayer a la hora de la cena y ella, claro, impidió como es, sola no puede.

Por esa reflexión -de que él faltó- comienza a enterarse que algo diferente les está ocurriendo. Extraña que amanezca sin que él la atienda con un mate amoroso y cálido, porque, si a las veces se pierde, de todas maneras hay que reconocer que cumplidor y hacendoso es, y compasivo, con ella, que por sí misma apenas se puede valer.

Ya se recuerda del todo y lo examina con una mirada prolíja y un ánimo receloso y precavido. Permanece vestido, encogido y destapado. Y

ahora que lo observa mejor descubre que la mano izquierda se queda casi en el aire, medio apoyada en el pecho, curvos los dedos, como si ahí, en el lugar del corazón, se le hubiera encendido una brasa y él llevara el ademán de arrancarla.

Después, Lumila entiende.

\*\*\*

Se ha bebido su llanto, suelto sin control durante horas, y las lágrimas le han atenuando la sequedad de la boca.

Ha renacido, con el día, cuanto tiene vida en redor del puesto.

Los balidos, sin perder su natural humildad, solicitan con insistencia la libertad que niega el corral de retorcido palo a pique, impedimento del trote hacia el pasto ralo y los tallos tiernos que conceden la subsistencia a la magra majada.

Las gallinas y el pavo están en su rutina, afanado el pico en abatir insectos y deshebrar raíces.

Gandulean los perros, sin rebaño que acompañar a campo abierto.

El caballo, sin las restricciones del corral o del palenque, ha osado tomar su ración de pasto del cobertizo, y sólo le pesan el yugo de la montura por ahora inútil y el estorbo de las riendas que se arrastran y le enredan el pasto si las pisa.

**“Y allí están los  
dos, sobre el  
lecho, uno  
muerto del todo,  
la otra con la  
mitad de sus  
miembros poseí-  
dos por la  
muerte.”**

Prospera la mañana y viene ese momento de  
apacamiento general, tal como si cuanto existe de  
animado acatara la magia de ese astro de ojo  
ardiente que se coloca por arriba de todo y por un  
rato permanece quieto y vigilante.

Los chivitos han acallado sus quejas.

El silencio se propaga y anega el rancho.

Cesan los quejidos y los hipos de Lumila. Se  
rinde.

Y allí están los dos, sobre el lecho, uno muerto  
del todo, la otra con la mitad de sus miembros  
poseídos por la muerte.

\*\*\*

Lumila ha descuidado sus necesidades más  
íntimas, que ahora se le manifiestan, exigentes y  
perentorias por haber sido postergadas.

Sabe que afrontará un esfuerzo superior al  
normal, porque hasta para eso se venía sosteniendo  
en su hombre, y tendrá que hacerlo sola.

Se propone descender de la cama. Toma apoyo  
en el brazo izquierdo y procura favorecer el  
impulso con la pierna del mismo costado. Pero no  
le obedece.

Rehace la tentativa y falla.

Se le desmanda la pierna izquierda, igual que en  
otro tiempo y hasta el presente, quizás para  
siempre, se le desgobernaron pierna y brazo del  
flanco derecho.

Masculla una maldición y se asusta, más que de  
su estado, de haber proferido palabras profanas.

Se pregunta si está muriendo por partes y se  
mira la mano que todavía le sirve, con prevención  
de que también se invalide.

Entre tanto pesar y temor tamaños, se moja, y se  
avergüenza como si fuera la primera vez. Se  
excusa, se reprocha; gimoteando parece que  
quiere explicar que ella quiso y procuró ir a hacer  
lo donde se debe:

—Por ser limpia, me pasa...

Reacciona, reclamada por la necesidad de que  
esto cambie pronto, de inmediato, que cese el casi  
total tullimiento que de súbito padece. Acciona la  
cabeza para consultar, medio ladeada, las estampitas  
que tiene paradas en la mesa de luz, y con  
fervor, acezante, reza y ruega, reza y ruega,  
implora..."un milagrito, Señor, que se me resucite  
el Gabriel".

Se aplica a mirar intensamente al marido ya-



- Anteproyectos.
- Planos.
- Reformas.
- Construcción en general.
- Trabajos en la Costa Atlántica y Club de Campo Las Hojas (M.Paz)

San Martín 88 - Marcos Paz C.P. 1727 - Bs. As.

Te. (0220) 477-0380 Ce. (02227) 15-412734

estudio10diez@gmail.com

cente y pálido, con algún sobresalto por si lo que pidió sucede de repente. En la espera Lumila se está preguntando por dónde podrá recuperar la vida: por la carne o por el entendimiento... Si primero que nada abrirá los ojos (que en el trance se le quedaron cerrados, tal vez porque finó cuando se hallaba durmiendo). O si se hará presente, más bien, de palabra, y qué misterios podrá decir. Y si para volver se sufre...

\*\*\*

Atardece.

La acosan y la desgarran las necesidades. El calor no mengua. Transpira por el ambiente caldeado y por los empeños denodados de desclavarle del lecho.

—Tiene que ser por miedo... Miedo al dijunto, aunque sea mi hombre. El miedo mata y me mató la pierna que me quedaba sana.

Necesita ver algo viviente en su cercanía, junto a ella. Llama a los canes:

—Fiel, Lión, Capú...

No hace falta que siga: "Blanquita, Mancha, Canela..."

Ya están ahí los seis, sacudiéndose el polvo de la larga siesta en el patio o bajo el alero. "De seguro con hambre" se dice Lumila y medita: "Mismo que mi".

Sin embargo, contra la costumbre confianzuda de los seis, no pasan de la puerta, ni la Blanquita, tan mimosa que sin permiso se suele acomodar en la almohada.

La actitud reticente de los monteros empuja a Lumila hacia otra cavilación: Ya no es Gabriel, es un muerto el que está en el rancho, y si esta presencia hasta los perros vuelve cobardes, ¿qué noche le aguarda a ella?... ¿Cómo soportará las tinieblas con un finado en la cama?...

La domina el ansia de encender la vela, a costa de cualquier esfuerzo. Le habla a su mano activa como si fuera una amiga, pidiéndole que no ceda, que la socorra, que no la abandone en la negrura... La excitación le hace malograr fósforos y trabajos, al cabo la llama brota. Lumila dice gracias y, al reencontrar por la luz las imágenes, se decide a encomendar otro milagro. Ya ha estado cavilando que pidió demasiado y teme haber causado ofensa y merecer castigo. "Era mi hombre -se justifica-, conmigo era bueno, aunque para los demás no

**"La actitud reticente de los monteros empuja a Lumila hacia otra cavilación: Ya no es Gabriel, es un muerto el que está en el rancho, y si esta presencia hasta los perros vuelve cobardes, ¿qué noche le aguarda a ella?..."**

fuerá nadie. Pobrecito Gabriel, no hizo mérito".

La ronda la tentación de suplicar que vuelva el hijo, que su fue a la ciudad, a las fábricas. Ella podría decir, en su ruego... "Mi hijo, Señor, mío y del Gabriel, legítimo de los dos, con fe de bautismo y todo..." Se apoca, sin atreverse a reincidir: "Sería muy mucho pedir, un milagro demasiado grande..." Y se cobija en las deliberaciones: "Pudiera ser que vuelva solo... Que perciba el llamado". Se pregunta cómo será ahora, después de diez años. Si se acordará de ella, si podrá saber que el padre no vive. Y deduce que si el padre ha muerto ya es ánima y un ánima le puede hablar a los vivos, aunque sea cuando éstos duermen, y quizás el ánima de Gabriel puede avisarle al hijo que ella está sola y lo necesita desesperadamente... ¿Puede?....

\*\*\*

Contra lo que calculaba, la noche no le agranda los terrores.

De cierta manera las sombras la amparan, le han concedido la misericordia de no ver tan patente lo que tiene al lado. Lo presente, no hay remedio; pero no lo siente, o más bien ya lo siente, o quiere sentirlo, ajeno, y evita rozarlo.

Sin embargo, como una culpa recuerda que no le ha dado un beso de adiós en la frente. Se dispensa, hablando a alguien que no es él:

—Habrá tiempo. Todavía está aquí, no se ha ido.

Se defiende, hablándole a él:

—No puedo moverme para alcanzar tu frente.  
Ya ves, ni agua tengo y me muero de sed...

Entonces se transporta a preocupaciones más inmediatas. Necesita beber, necesita comer. Precisa un auxilio sobrenatural, pero debe resignarse a milagros más chicos que los que anduvo implo- rando, y los propone en manojo, a montones: Que asome Don Casimir o se apiade al achurero. Que le haga un cumplido la Inés, que se le ocurra pasar. Que venga la recorrida. Que venga el dentista loco. Que venga... Que venga...

Sin embargo, por ahí, corrientemente, no viene nadie. No se le esconden las imposibilidades: Don Casimir, el puntillero, tendero ambulante, árabe y enamoradizo, sólo se interna por esas huellas a los meses, no muy seguido. (En Lumila retoña como dibujada la memoria de aquella fina puntilla que nunca pudo comprar.) El vendedor de achuras no les perdona la deuda, y una vez por semana -así saben que es martes- les escuchan sonar la corne- ta, pero bien lejos. (Cuelga vacía del entramado de caña del corredor la fiambra de alambre tejido.) La Inés toma ese rumbo únicamente de

paso hacia el caserío, cuando se anoticia de que los remolques de Sanidad traerán al médico, a las cansadas. En cuanto a la recorrida de la partida policial, sólo se arrima a los ranchos donde le halagan el paladar al comisario y más de cierto si lo despiden con lechón de regalo. Y el dentista, con su Ford de capota y el torno de pedal montado atrás... Se empecina en repechar por los rudimen- tos de camino y ni cuenta se da de los puestos que deja hacia adentro del campo, a menos que alguien se adelante a hacerles señas o lo persiga a caballo hasta donde se le atasque el coche, en algún jarillal. Lo evoca, Lumila, con su largo guardapolvo blanco, las manos pulcras y la mirada fanática, se va diciendo: "Y tan bueno que es, pero tan loco...", hasta que vuelve sobre sí misma y se dice: "Tan sola, mi alma...", y se commisera de su desvalimiento que nada alivia.

La gana el sueño y sueña que es moza y camina descalza por el arenal pisando y buscando conchitas de mar y el agua le lame los pies y los cubre de espuma y la corteja el Gabriel y se le niega ella porque tiene sed y sus labios no están para besos, codician el agua, y con Gabriel no quiere porque él .... se ha muerto.

Despierta. Es cierto: está muerto, bien muerto

# Distribuidora **Pareta**

Ventas por mayor y menor en artículos  
de mercería, lencería, lanas, telas,  
accesorios para moda y fantasía



Sarmiento 2055 - Marcos Paz (Pcia. de Bs. As.)

(0220) 477-1083 / 6541

[info@distribuidorapareta.com.ar](mailto:info@distribuidorapareta.com.ar)

[www.distribuidorapareta.com.ar](http://www.distribuidorapareta.com.ar)

casi junto a ella.

Grita. Necesita gritar.

Desde el patio, los perros la escuchan, a su manera la siguen, la copian, con lastimero aullido.

Pero uno, no. Se escurre, humildito, en la habitación, y va a echarse al pie de Lumila. Es el Fiel.

A Lumila la vence la ternura y llora lágrimas dulces.

Más luego, consumida, se interna de nuevo en el sueño, y se sueña en la laguna o el mar que fue, y hay tormenta que abate las canoas de totora de los pescadores que usan redes y el ave de enormes alas y cuerpo de pez irrumpen en su cuarto del rancho, con un graznido y un fragor.

Despierta. Nada alea. No hay aves raras que violenten ese ámbito triste y recogido donde el temor de Lumila va cediendo, tal vez porque cosa alguna ocurre, excepto en sus pesadillas, o porque la guarda el Fiel, tan sumiso.

"Así debiste llamarte: -piensa que tendría que decirle- Sumiso", y pronuncia el nuevo nombre con un tono acariciante.

Previne el día que vendrá. Como se está durmiendo, se le enciman ensoñaciones y deseos, y en ellas su puesto desborda de gente que la atiende en su luto y sin duda se ocupará de darle sepultura al finadito. Pero ninguno le calma la sed.

\*\*\*

A la hora de las cabras, se le retuerce la pena por la chivada que no tiene escape al campo para su mascada, y ha de soportar resecos los lisos troncos de bebedero... A la par, codicia la leche de las ubres de cabra que podrían darle líquido y alimento.

Tolera el amanecer y los balidos que apenan. Sobrelleva o pretende ignorar la compañía forzosa que tiene en el lecho, porque -se conforta- es mejor no presenciar lo que está pasando en la piel de su hombre.

Pone los sentidos y la imaginación en la espera. Unos segundos escucha la campanilla de Don Casimir el puntillero; otros la deslumbra un destello de sol en la hojalata que forma el techo curvo de la carretela del achurero, cuando está haciendo el codo de la huella hacia el rancho...

Nada de eso sucede. Nadie viene.

Viene, sí, y no convocado por voluntad humana alguna, el Zonda, el viento malo, caliente y terroso.

Zumba, danza y manotea, arroja sus aires cargados de polvo y arena, destroza los brotes y ramas. En la inmensidad, se afana en sacudir los ranchos dispersos de las familias pastoras de cabras, tan apartadas unas de otras que ni ante adversidades tales pueden fortificarse entre sí. La cala, les vuelan los techos.

En el puesto de Lumila es peor. La puerta de la habitación quedó abierta desde que regresó Gabriel. Ella no podrá cerrarla.

Con brutalidad, el viento la ahoga de tierra, mientras le va volteando y rompiendo los muebles débiles, el espejo de luna, sus calmos tesoros de adorno o devoción habituados a la tapa de la cómoda.

La puerta golpea sus clacs hasta que se desvencia. La ventana cincha, por no reventar.

Lumila se refugia bajo la cobija, se sofoca, se destapa, vuelve a cubrirse. Repite y repite el proceso.

Fama sostiene el malvado de cometer sus tropelías.

**"Más luego, consumida, se interna de nuevo en el sueño, y se sueña en la laguna o el mar que fue, hay tormenta que abate las canoas de totora de los pescadores que usan redes y el ave de enormes alas y cuerpo de pez irrumpen en su cuarto del rancho, con un graznido y un fragor."**

lías veinticuatro horas sin detenerse. Recordarlo lleva a la mujer a los bordes de la desesperación.

Pero esta vez, pasado el mediodía, declina en su furor y poco a poco concede que la atmósfera se torne más respirable.

Con una máscara de tierra embarrada en surco por los lagrimones, emerge Lumila. Contempla el desastre; imagina el detrimento, quizás la matanza, entre sus animales; se pregunta si el ruido fuerte de la mañana no fue la voladura del cobertizo... y trata de no mirar al hombre.

No puede no hacerlo.

Los desarreglos del viento lo han hecho caer de la cama. Ya lo presentía, Lumila hace rato. Faltaba peso, faltaba bulto al costado. Sólo que no oyó el ruido, tapado por los bramidos del aire.

No se atreve a confesar que se alivia. Ya no lo tiene adosado, ya no lo verá si no lo busca inclinándose hacia esa parte.

Sin embargo, de otro modo, la presencia perdura: "¡Jiede!", oliquea con rechazo Lumila.

Hiede. El calor abrazador del Zonda ha acelerado la descomposición del cuerpo.

La mujer se amarga y cruje de impotencia. Se cuida, por respeto a los muertos, de sublevarse contra "ese hombre".

\*\*\*

La hambruna desbanda a los perros. Se internan en los montes a recuperar el ancestral oficio de cazar para comer. Sólo dos se quedan: el Fiel y la Blanquita.

El Canela y el Capú, estrechamente compañeros y solidarios, derivan pronto del rendimiento incierto del matorral al territorio humano, sabedores de que donde hay gente se producen sobras de comida, a veces.

Se avecinan a los ranchos donde en alguna ocasión llegaron con el amo; sin embargo, los ahuyenta la hostilidad de sus propios congéneres.

Cuando avistan el hogar de Inés, la perrada de la casa le hace frente a la invasión, pero el litigio no pasa de los tarascos, ya que el puestero reconoce a los visitantes y aplica las leyes campesinas de la hospitalidad. Pone paz y los admite convencido de que su compadre, don Gabriel, ha de andar por las cercanías, tal vez recogiendo chivos sueltos, y ya se aparecerá tras ese par de

adelantados.

Inés ha observado el proceder de su marido, le pregunta el porqué, él aduce sus razones y ella las atiende, aunque no las comparte. La alumbría un momento la sospecha de que algo anormal ocurre en el puesto de Lumila. Pero no hablará por ahora. Se propone hacerlo más tarde, cuando su hombre se dé cuenta solo que ha errado. No de taimada, por no contradecir su autoridad no más.

\*\*\*

No al día siguiente, al otro día después, el Fiel, ya el único doméstico consecuente en permanecer cerca de sus dueños -que por causa del hambre atroz saltó al corral y padeció cornada de macho cabrío- ambula con un desasosiego turbador. Sólo a ratos acude al reparo del cuarto matrimonial.

Ahora está enroscado en el hoyo que sus huesos han ido formando en el piso de esa habitación y se inquieta por las voces alteradas que, entrecortadamente, tan cerca de sus orejas, emite la mujer.

Lumila, en los límites del agotamiento, anda confundida entre cielo y tierra, y suplica otro milagrito: que le vuelva el uso de la pierna impedida -no la de antes, ya no demanda por ésa, la da por perdida-, de ésta que se le desmandó la primera mañana de su viudez.

Decide que se presentará un anciano, que el anciano le concederá el bien que ha perdido.

Se figura el rostro, radiante como chorros de sol, y con la belleza pura de los ojos zarcos.

Abre los suyos, a verlo.

En ese momento, del techo, a un costado, se desprende un bicho oscuro de alas muy amplias.

**"La hambruna desbanda a los perros. Se internan en los montes a recuperar el ancestral oficio de cazar para comer. Sólo dos se quedan: el Fiel y la Blanquita."**

Una corriente de miedo recorre el pecho de la mujer trabajada por tantos decires sobre el pájaro con cuerpo de pez. No obstante, como su mente no está extraviada y recompone íntegramente su lucidez, se apresura a controlar son cuidado esa primera ocasión en su vida de darse con el monstruo de tantas mentas.

Se desencanta. Considera: "Si es el que era, se ha achicado por demás". E intuye que, al menos ése, es apenas murciélagos.

El aleo del oscuro "perro del aire" alborota al perro del suelo, mientras Lumila retoma el hilo de su petición de milagro y, ya confundida, sin saber de cierto si obtuvo o no el asentimiento, ensaya servirse de su pierna izquierda.

Le responde.

Entorna los párpados, en tanto por su interior desciende una onda de paz benevolente.

Aplica cuanta precaución puede, cuanto tino le resta, para reiterar la prueba, y también la segunda experiencia resulta.

Entonces la posee el vehemente impulso de correr, de llegar como pueda adonde se saciará de líquido. Maniobra con su medio cuerpo válido para descolgarse de la alta cama, a fin de caminar, o rodar o arrastrarse hasta el pozo, que ya en la boca del agua sabrá cómo darse maña para echar el balde.

No obstante, por la precipitación o por su lastimoso estado físico, se atropella, cae y se hiere con un pedazo del espejo roto.

Vislumbra que la oportunidad se escapa, y la postra el desmayo.

Se le entretejen vacíos y nociones. Una de éstas es que le besan las lastimaduras, con la sensación de que la aterra el beso, sea de quien fuere.

**"Se le entretejen vacíos y nociones. Una de éstas es que le besan las lastimaduras, con la sensación de que la aterra el beso, sea de quien fuere."**

Recobra debilitados los sentidos y descubre que su perro pasa y repasa su lengua cálida por la herida. Cambia en consecuencia sus impresiones, confiada, y sonríe. Está exhausta y ha quedado tendida de espaldas. Ya se descansa y le dice, con cariño y gratitud:

—Sos mi perro y te llamás Fiel. Bien nombrao, siempre lo supe.

Sin embargo, una evolución acelerada en la forma de lamerle la carne sangrante, abierta por el filo del espejo, la punza de alarma. La lengüetada se ha vuelto áspera, golosa, voraz.

Lumila yergue la cabeza, en busca de algo que desmienta lo que está presintiendo. Se encuentra con unas fauces, unos ojos que la fuerzan a doblegarse y gemir:

—Fiel, vos sos mi fiel... No me fallés, perrito.

Pero más se le incendian la mirada al poderoso can.

—¡No me hágas daño, Fielito!

Se lo dice con espanto. Sumisa, como de rodillas.



**IMAGEN**  
**actual**  
**Peluquería unisex**

Martes a viernes de 17 a 20.30 / Sábados de 10 a 12.30 y 17 a 20.30 hs.

Belgrano 2115 - Marcos Paz / Turnos y consultas: 11-5929 8059

# ¿Sabías que...?

El editorialista y escritor estadounidense Edward Page Mitchell escribió la primera paradoja temporal de la literatura de ciencia ficción y el primer antecedente de una máquina que permite moverse a través del espacio-tiempo. El cuento fue publicado en 1881, seis años antes que *El Anacronópete* (1887) del español Enrique Gaspar y Rimbaud y de *La Máquina del Tiempo* (1895) del inglés H. G. Wells.

En la novela española *El Anacronópete* permitía solo el viaje al pasado descrito de esta manera por el autor: "El Anacronópete, que es una especie de arca de Noé, debe su nombre a tres voces griegas: *Ana*, que significa hacia atrás; *crono*, el tiempo, y *petes*, el que vuela, justificando así su misión de volar hacia atrás en el tiempo". En cambio *La Máquina del Tiempo* de Wells permitía el viaje a través de largos lapsos de tiempo hacia el futuro y el pasado, aventurándose en una sociedad del año 802.701 donde el mundo está en decadencia dividido en dos especies: los Eloi, seres hedonistas, y los Morlocks, unas siniestras criaturas semejantes a los monos que se alimentan de los primeros.

Si bien hay una similitud con Wells, a diferencia de estos dos clásicos, Edward Page Mitchell, en *El reloj que corría hacia atrás*, propone el viaje a través del tiempo por medio de un antiguo reloj creado por un relojero holandés de nombre Jan Lipperdam. La historia transcurre en la Holanda del siglo XVI, durante la Guerra de los Ochenta Años, previamente pasando por el presente (siglo XIX) donde dos estudiantes se embarcan en una aventura temporal por error y desentrañan la oculta identidad de su profesor Van Stopp, relacionado a la tía de uno de los personajes por su increíble parecido. La teoría utilizada en este cuento es similar a la de la fabulosa serie alemana *Dark*, de Netflix, donde propone que no solo lo que hagamos repercutirá en el futuro, sino que el pasado está también anudado al primero, de tal forma que todo lo que uno haga en el futuro responderá en el pasado a una consecuencia del mismo. ¿Curioso, no?

¿Sabías que...?

# ROCAMDOUR INFORMA

En muchos casos cumplir años significa sumar experiencia y se acerca el primer año de vida de nuestra revista que con tanto esfuerzo cumple su cuota mensual a todos nuestros lectores. En todo este año hemos aprendido y hemos experimentado tantas emociones que no nos alcanzan las palabras para agradecerles a ustedes, quienes mantienen vivo el espíritu de Rocamadour. Hemos llevado a cabo un concurso literario para escuelas secundarias; hemos publicado más de cien cuentos! en doce revistas, en doce meses; hemos publicado nuestro primer libro en nuestra editorial, Ediciones Rocamadour, y hasta hemos sido reconocidos de interés cultural en nuestra ciudad. Todos pensarán que ya hemos podido realizar aquello que nos propusimos desde el comienzo, y es verdad. Pero la dinámica de la literatura obliga a estar en movimiento, por eso queríamos compartir con este primer ROCAMADOUR INFORMA nuestra próxima idea para ustedes: una antología de los más de cien cuentos publicados en estas doce revistas.

**¿En qué consiste esta idea?** En dar a conocer la calidad de los textos publicados a través de una selección de todos los cuentos aparecidos hasta ahora.

**¿Cómo se realizará esta selección?** A través de un proceso de lectura entre los integrantes de la revista.

**¿Cómo saber si mi cuento fue seleccionado?** Recibirán a través de un mail la confirmación de la publicación del cuento seleccionado, de la cuál el escritor propio tendrá la última palabra.

**¿Requiere dinero necesario?** Sí y no. Todo proyecto editorial requiere de dinero para llevarlo a cabo, pero nosotros nos hacemos cargo de los costos, ustedes solo deberán hacerse de un ejemplar colaborando con el valor de venta.

Esta es nuestra forma de decir gracias a todos aquellos que han participado en la revista durante este primer año y queríamos compartirla con ustedes. Pronto tendrán más información de la *Antología de cuentos Rocamadour*, en el próximo ROCAMADOUR INFORMA.

# UNA APROXIMACIÓN AL OBJETISMO

Por Sergio Ortiz y Alejandro Torres

Sección literaria



**H**ay un enrarecido aroma en el aire cuando se habla de Antonio Di Benedetto. ¿Será su melancólica forma de apresarnos a esos textos tan sugestivos que forman su antología literaria? ¿O bien podría ser el triste recuerdo de traerlo en vida a través de nuestras desdichadas mentes? Lo cierto es que lo imperceptible cae de repente en nuestras manos. Nos obliga. Nos sujeta. Casi sin darnos cuenta nos encontramos silenciosamente aguardando la espera de un próximo final autoinfligido. Pero no sucede. Porque la literatura bien puede llevarnos a lugares inexplicables y a vivir situaciones jamás pensadas, pero lo cierto es que la realidad de las cosas es básicamente la física del que las piensa. Así, mágicamente nos sumergimos en el aire a sabiendas de que el día en que pisemos tierra, moriremos. Y así vamos, volando sin descuido por los mares de papel, esquivando letras y planeando el aterrizaje final.

La escritura puede ser pausada, impulsiva, oscura, empalagosa; puede ser escasa o prolífica. Después están las razones por las que uno escribe. Y se trata, en mayor o menor medida, de una cuestión de vanidad. Sin embargo existen otros escritores cuyos motores persiguen otra necesidad: socavar en la existencia. A parte de Sartre y Camus, que son los maestros franceses, en Argentina hemos conocido a tres escritores que se han aproximado, a su manera, al existencialismo. El primero de ellos es Roberto Arlt, que en 1926 publicó *El juguete rabioso*; obra que trasluce el pensamiento del hombre desgraciado. La escritura de Arlt es radiografía argentina de principios del siglo XX.

Luego está Alejandra Pizarnik, poetisa que merece un artículo aparte ha sido su escritura herida abierta de una vida caótica.

*Todo lo que se puede decir es mentira*



Ella ahondó de tal manera en el pensamiento que se le ha formado una costra horrenda, que es, en realidad, la vida misma. Su escritura fue breve y punzante como su vivir.

Por último está quien ha motivado este artículo: Antonio Di Benedetto. Desconocido en su propio país, ha perfeccionado durante toda su vida un estilo. Es lacónico, directo, imperativo. Pero es fundamentalmente, para aquellos que lo conocemos, una especie de tesoro literario que no recomendamos al azar.

Considerado por muchos el Kafka mendocino, Di Benedetto se disputa con el francés Alain Robbe Grillet la creación del *objetivismo* u *objetismo*; técnica de escritura que consiste en prescindir de la figura humana y dejar que el "entorno" nos cuente la historia. De manera que la declinación de una sombra puede indicar el paso del tiempo. *Caballo en el salitral* quizás muestre esta tentativa: un hombre es fulminado por un rayo, de ahí comenzará la marcha hacia la muerte de un caballo, que absurdamente está sujeto a su comida. ¿Es necesario indicar que esto es existencialista?

En *El abandono y la pasividad* Di Benedetto plasma la idea central del *objetivismo*. Un vaso sujetado una carta ¿de despedida? Una piedra rompe

el vidrio; el viento Zonda (magnífica manera de indicar Norte) que cubre todo de tierra. Luego una llegada: un hombre entra y se va. El entorno nos cuenta la historia; los humanos son secundarios, solo sirven para indicar un doble abandono: entre ellos y el del protagonismo.

Sabemos, los lectores, que el llamado *Boom latinoamericano* mostró al mundo la literatura de nuestro continente. De repente el *Realismo mágico* (tan común en nuestro contexto) o el lector testigo se vuelven conceptos que se propagan por todo el mundo. Entonces surge una pregunta: ¿Qué pasa con aquellos que no figuran en ese “canon”?, ¿qué pasa con los marginados? Escritores como Marco Denevi, Daniel Moyano, Di Benedetto, quedan alejados, casi inalcanzables para un público argentino que rara vez escucha sus nombres. Acercarse a estos autores implica un desafío, pero qué gratificante es reconocer sus estilos. De Antonio Di Benedetto, por ejemplo, el *Objetivismo*, del que se conoce muy poco en Argentina. Y es un estilo de escritura que ha perfeccionado desde siempre, para aquel que leyó parte de su trabajo quizás pueda verlo.

*Mundo animal* fue su primera antología, publicada en 1953. Acá ya puede verse una tentativa por descentralizar el protagonismo. En *Reducido*, por ejemplo, un perro acecha en los sueños; en *Mariposas de Koch*, se describe el camino hacia una muerte lenta. *Las poderosas improbabilidades* muestra un enamoramiento, común en cualquier cuento, sin embargo existe un momento en que entra en acción una serpiente quizás; el cuento no lo dice pero da indicios, eso lo hace fantástico. Pero no me dedicaré en este artículo (aunque quisiera) a realizar un análisis sobre cada cuento y novela. No obstante hay trabajos de este escritor que plasman su estilo y que al menos fueron mencionados.

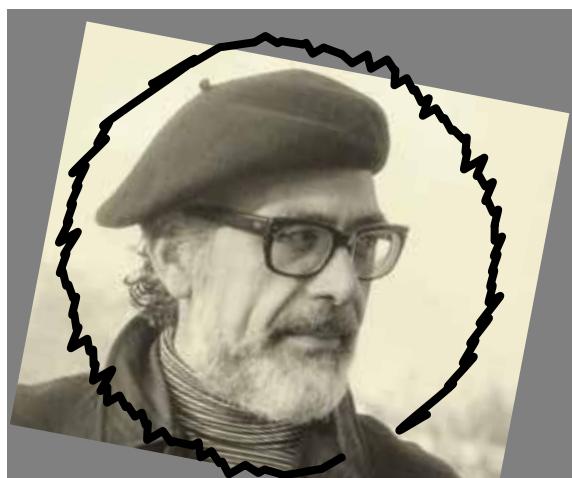
## KAFKA Y DI BENEDETTO

Ahora bien, hay dos obras de Kafka fundamentales que critican el comportamiento humano; una es *La metamorfosis* y la otra es *El proceso*. Se han hecho ya muchos estudios sobre estas novelas. Personalmente podría decir que critican, entre otras cosas, la alienación sofocante. En 1969 Di

Benedetto da a conocer *Los suicidas*. ¿Qué relación podría tener esta obra con el pensamiento kafkiano? La muerte, tan presente en la literatura de Di Benedetto, toma principal protagonismo en esta obra, y la transmite con la siguiente reflexión: la pregunta no es ¿por qué se toma la decisión de suicidarse? Si no ¿Por qué no hacerlo? En una sociedad sometida como la nuestra se ha declarado a la muerte por mano propia como acto pecaminoso, con la inocente amenaza de cerrar las puertas del paraíso. Obedecer esta ideología, que es propia del resabio de la Inquisición, nos vuelve alienados.

## LA ACTUALIDAD Y EL LEGADO DIBENETIANO

El título sirve para remarcar algo que ya no está, no existe un legado Dibenedettiano porque la literatura de nuestro siglo ha tomado otro rumbo, uno, quizás, más simplista. Los lectores del siglo pasado crecieron con Sábato, Cortázar, Borges, Di Benedetto, Arlt, Pizarnik, Lynch, Ocampo, la lista es enorme. No había para ellos una Literatura



Antonio Di Benedetto nació el 22 de noviembre de 1922 en la ciudad de Mendoza, ciudad de la cual se iría a la temprana edad de once años y retornaría de manera precoz para no dejarla sino hasta el día de su exilio de manera forzada debido a la última dictadura cívico-militar. Escribió obras notables como *Zama* (1956), *El Silenciero* (1964),

*Los Suicidas* (1969), *Cuentos del exilio* (1983), *Absurdos* (1978) y *Mundo Animal* (1953), entre otros.

juvenil. Si bien hay, seguramente, escritores formidables en la actualidad, es probable que sean conocidos en el futuro. Sin embargo, algo es seguro, autores como Di Benedetto, arquitectos de un estilo, ya no se ven y lo cierto también es que no podemos leer a Antonio Di Benedetto sin pensar en su melancolía, en las penas que hicieron de aquella vida dura la fantástica literatura que representa una oda a la soledad, que es retribuida décadas después con las reediciones de sus libros, los homenajes, las notas de interés basadas en investigaciones de su vida. Y que conlleva, sin duda alguna, a la realización del trabajo de los pocos que intentan mantener viva su obra y memoria. Antonio Di Benedetto, durante toda su vida ha tenido que esperar y esperar, ha sido una víctima de la espera en el silencio y ante la humillación de no encontrar formas de justificar la desdicha vivida e inundada por el suicidio familiar, y palidecer frente a la idea de un final a la espera de posar sus pies sobre la tierra. Falleció el viernes 10 de octubre de 1986 en la cama 6 del sector 14 del Hospital Italiano. Y si bien los partes médicos nada dicen de la soledad y el olvido, su muerte dejó un vacío irreconciliable.

## **“Algo es seguro, autores como Di Benedetto, arquitectos de un estilo, ya no se ven.”**



Antonio Di Benedetto y Günter Lorenz

# **AUTOBIOGRAFÍA de Antonio Di Benedetto, publicada en 1968 para el libro Diálogo con América Latina, de Günter Lorenz**

*“He leído y he escrito. Más leo que escribo, como es natural; leo mejor que escribo.*

*He viajado. Preferiría que mis libros viajen más que yo. He trabajado, trabajo.*

*Carezco de bienes materiales (excepto la vivienda que tendré).*

*Una vez, por algo que escribí, gané un premio, y después otro y después... hasta 10 de literatura, uno de periodismo y uno de argumentos de cine.*

*Una vez tuve una beca que me dio el Gobierno de Francia, y pude estudiar algo en París.*

*Un tiempo quise ser abogado y no me quedé en querer serlo, estudié mucho, aunque nunca lo suficiente.*

*Después quise ser periodista. Conseguí ser periodista. Persevero.*

*Un tiempo anduve de corresponsal extranjero (por ejemplo, revolución de Bolivia, la que llevó al poder a René Barrientos).*

*Yo quería escribir para el cine. Pero en general no soy más que un espectador de cine, y también periodista de cine. Una vez fui al Festival de Berlín, y otra al de Cannes, y otra a Hollywood el día de los Oscars, y otra... Bueno, en el Festival de Mar del Plata una vez me pusieron en el Jurado Internacional de la Crítica.*

*Soy argentino, pero no he nacido en Buenos Aires.*

*Naci el Día de los Muertos del año 22.*

*Música, para mí, la de Bach y la de Beethoven. Y el “cante jondo”.*

*Bailar no sé, nadar no sé, beber sí sé. Auto no tengo.*

*Prefiero la noche. Prefiero el silencio”.*

# ÁMAME

Por Alejandra Llanos

## PRÓLOGO

*Amame cuando menos lo merezca  
porque será cuando más lo necesite.*

Alta Gracia, Córdoba - 16 de mayo, 1912

**E**ra una mañana lluviosa y fría. Desde la ventana del estudio, Leopoldo veía a los transeúntes ir y venir con una taza de té humeante en la mano. No pudo evitar mirar por tercera vez el reloj de pared.

—Está lloviendo, Leo. Es una excusa más que tolerable para un retraso —dijo su hermano Joaquín de pie junto al fuego.

—No hace falta que me lo digas —dijo con la mirada aún en la calle—, está claro que esta lluvia retrasaría a cualquiera.

Joaquín caminó hacia el sillón en el que se encontraba su hermano y se sentó junto a él también admirando el paisaje de los adoquines mojados de la calle principal, que daban a un río bordeado por sauces.

—Ya entiendo por qué papá estaba tan interesado en esta propiedad.

—Es ciertamente un lugar hermoso, pero algo inhóspito en relación con Buenos Aires —convino Leopoldo.

—Creo que eso es lo que más le gustó a papá —dijo Joaquín divertido—, un lugar donde puede escucharse un poco de silencio.

—Creo que te vas a volver loco en una semana siendo así.

Joaquín no pudo evitar sonreír ante la afirmación de su hermano. Ya que mientras que Leopoldo era un hombre totalmente huraño y reservado, lo que lo hacía más acorde a la vida retirada en un lugar pacífico, Joaquín era una persona totalmente entregada a la vida de ciudad y a sus movimientos; a las calles pobladas, a las fiestas, a las noches largas.

—Jajaja, no te preocupes por mí que un cambio de aire viene bien de vez en cuando —dijo inspirando profundamente con una ancha sonrisa.

—Qué casualidad que buscas un cambio de aire justo cuando volvió el marido de Catalina —contestó Leopoldo dando un sorbo a su taza.

—Bueno creo que es una enorme casualidad si lo ponés de ese modo.

Leopoldo no pudo evitar una mirada reprobatoria ya que esa particular inclinación de su hermano por las mujeres casadas era causa principal de los problemas nerviosos de su padre y el hecho de que quisiera abandonar Buenos Aires en busca de un poco de paz.

—Espero que entiendas que ahora que estamos acá los dos juntos no pienso sacarte los ojos de encima.

—¿Qué vas a hacer, atarme a un árbol? —dijo Joaquín divertido.

—Va a ser mejor que no me des ideas.

—Yo no tengo la culpa de que las mujeres me busquen.

—Sí, muy caballero de tu parte echarle la culpa a las mujeres —dijo Leopoldo poniéndose de pie frente a su hermano—. Yo no voy a hacer la vista a un lado mientras vos cometés indiscreciones. Esto no es Buenos Aires, acá todos se conocen y tus estupideces pueden perjudicar muchísimo a una familia.

—Te prometo que no voy a ir detrás de la esposa de nadie —dijo levantando la mano derecha.

—No vas a ir detrás de nadie —dijo Leopoldo furioso—, vamos a estar un mes acá nada mas, así que no te cuesta nada hacer buena letra para que papá pueda venir a vivir acá tranquilo, sin que vengan una lluvia de nietos a llorar a su puerta.

Joaquín se puso serio ante la irritación de su hermano.

—Me estás diciendo que tengo que estar un mes sin sexo.

—Sí, eso precisamente y si no te parece volvé a Buenos Aires.

—¿Y si voy a un cabaret?

Leopoldo no podía creer lo que escuchaba.

—No, nada de putas, ni de solteras, ni de casadas —dijo tomándolo del brazo con fuerza.

—Francamente, no me estás dejando muchas alternativas —contestó Joaquín con mirada de niño travieso regañado, lo cual provocó que Leopoldo lo soltara.

—No estamos de vacaciones, estamos acá por un negocio y te agradecería que te comportes.

—Pero vos sos el apoderado de papá yo no pincho ni corto en todo esto.

Joaquín se volvió a sentar en el sillón con un gesto de cansancio. No puede estar pasando esto, ¿por qué no lo aclaró antes de venir? Era típico de Leopoldo salirle con cosas así a último momento.

—Es hora de que aprendas sobre los negocios de la familia —dijo Leopoldo—, de que madures y empieces a tener responsabilidades.

—Pero a mí no me molesta que vos seas el que maneje los negocios.

—Te dejé venir para que aprendas, no para que te gastes toda la plata en atorrantas y vengas borracho a casa todas las noches.

No pudo evitar sonreír al pensar que esos eran

precisamente sus planes durante ese mes. La única salida era asentir y admitir que esta vez Leopoldo había ganado. Por lo menos de momento le haría caso.

—Está bien, me voy a comportar.

—Correcto —dijo Leopoldo estrechándole la mano—. Tenemos un trato.

—Claro —contestó Joaquín asintiendo con la cabeza.

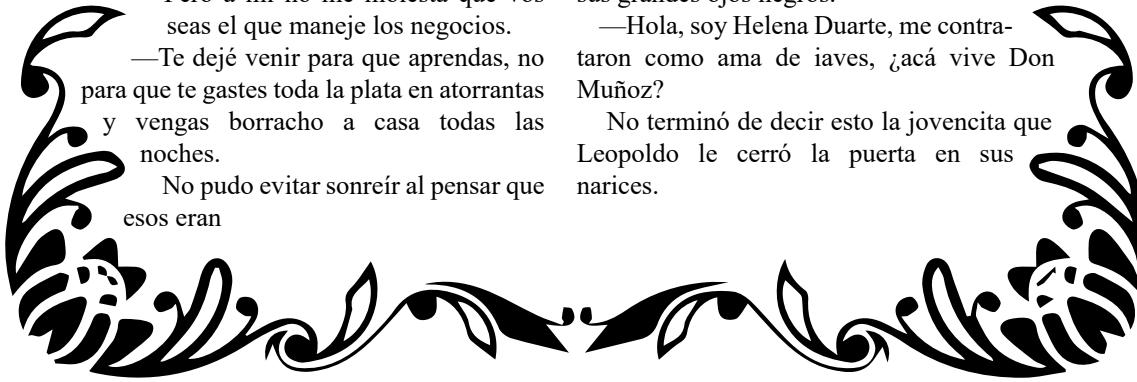
Se escuchó un toquido en la puerta principal que los sacó a ambos de sus cavilaciones. Leopoldo se encaminó hacia la puerta.

—Debe ser la señora Duarte —dijo Leopoldo mirando el reloj—. Bueno, por lo menos llegó justo para empezar a preparar el almuerzo.

Leopoldo estaba francamente aliviado por los progresos de su hermano y la llegada del ama de llaves significaba una preocupación menos para todos los quehaceres que se hallaban pendientes. Habían llegado la noche anterior y la casa era un descontrol total. Se apuró a abrir, temeroso de que la pobre señora pudiese estar totalmente empapada. Pero quedó boquiabierto al abrir la puerta y encontrarse con una hermosa jovencita bajo la lluvia, temblando como una hoja, mirándolo con sus grandes ojos negros.

—Hola, soy Helena Duarte, me contrataron como ama de iavés, ¿acá vive Don Muñoz?

No terminó de decir esto la jovencita que Leopoldo le cerró la puerta en sus narices.



Ediciones Rocamadour



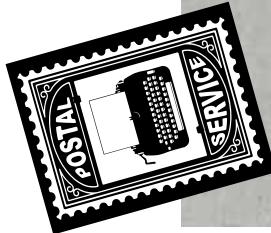
¿CONOCES NUESTRA PÁGINA WEB?

[www.edicionesrocademadour.com.ar](http://www.edicionesrocademadour.com.ar)

Ingresá y seguí leyendo historias originales



# POSTALES



## EMILIO SALGARI

Ser un fabulador globalizado a finales del siglo XIX, sin haber viajado nunca, convirtieron a Emilio Salgari en un explorador de salón, con idéntica táctica literaria utilizada por Julio Verne. Ante el fallido intento por enrolarse en la marina en su juventud, animado por sus lecturas de confines exóticos viajó y embarcó en sus goletas a jóvenes de todo el globo en más de 90 novelas, cuentos y artículos periodísticos. Nació en Verona 1862 y murió en 1911, en Turín, cuya catedral resguarda el santo sudario. De sus personajes más famosos se desprenden dos series: "Los corsarios de las Antillas", con 5 entregas protagonizadas por "El Corsario Negro" y sin dudas su personaje fetiche: "Sandokán", con sus tigres de Mompracem, que integra la saga de "Los Tigres de la Malasia", con 11 tomos de intriga temeraria, pobladas de piratas y peligros. "Sandokán", personaje de gran arrojo y ferocidad, se enamoró de la hija de quien tiene orden de matarlo. En su vasta bibliografía, el autor atraviesa el globo y una gran diversidad temática: "La ciudad del oro", "Las maravillas del 2000", "El tesoro del presidente del Paraguay", "El tesoro de los Incas", "Los bandidos del Sahara". El apego de Salgari por los rebeldes y mestizos, más que por las banderías de los países, llevaron a un joven "Che" Guevara a entusiasmarse con sus lecturas, afirmando que su lucha era más salgarista que leninista. La falta de reconocimiento por parte de la crítica, al considerarlo solo un autor de novelas de aventuras para adolescentes, lo llevaron a suicidarse con tan sólo 48 años.

# DAME

Por Diego Rojas

**N**o te muevas! Ni un centímetro, dame un minuto para plasmar ese momento en el que mis sentidos se ponen de acuerdo y dan por conclusión un enamoramiento. Dame solamente un instante de esos arrebatos tuyos de sol y mañana para poder construir una casa con vista al mar y quedarme ahí lo que dure un "para siempre". No te apresures, nos sobra el tiempo, la eternidad hizo un trato con tu sonrisa y la instaló en donde suelo cerrar los ojos para descansar un momento. Un momento es lo que necesito.

Dale un respiro a tu corazón, ese que late junto a unos finos silbidos que acompañan el son de tu voz hablando del día en que nos conocimos. Siempre que puedas tómalo con calma, pues de mí, vas a obtener toda la tranquilidad que alguna vez los amores de ocasión quisieron llenar con besos furtivos. Dame solamente una razón y me voy a quedar esperando junto a tu cama lo que dure el resto del día.

Por Celeste Silvero



# DESPEDIDA

**S**e opacó la plena mañana de enero. Mamá aún seca sus lágrimas y las preguntas la apuñalan cobardemente por la espalda. Hubiera querido que supiera que siempre amé sus desayunos por la mañana y las veces que me aconsejó sin que lo pidiera. Ella me llevará en sus sonrisas, siempre han dicho lo mucho que nos parecemos, aunque hoy nos separan todas las diferencias.

Luz sostiene a Rocío entre sus brazos. Creo estar segura de saber lo que está pensando, la abraza con fuerza, la misma con la que retiene los sueños en sus pupilas cansadas. Quisiera que no me asociara con el miedo, pero es inevitable y todos mis intentos fallidos la harán temer más, aunque me ame en ausencia, aunque me vea en los verdes ojos de Rocío. Siempre va a tener miedo sin saber por qué.

Augusto no habla, él sabe que hay cosas que nunca van a cambiar, como el aroma del café que solía prepararle cada tarde para tomarlo en la mesa junto a la ventana que da al jardín. Ahí está ahora, ahí se queda, esperando que vuelva a tomar su mano y le diga que las cosas pasan, que el café va a sosegar su dolor y las verdades que hoy están atrapadas en las paredes aparecerán por debajo de la cama de quién corresponda.

Papá se encuentra inerte. Lo han dejado solo ante mí porque así lo pidió. Podría gritarle una vez más, tal vez ahora sí me escuche, tal vez ahora recuerde cuando jugábamos a las escondidas y mí corazón estallaba por él. Tal vez si me escuchara las vergüenzas borrarían esa asquerosa sonrisa que se le ha escapado, porque aunque sus lágrimas resbalen una y otra vez sobre la madera él sonríe, porque sabe que calló y conmigo su secreto siempre estará a salvo.

# EL CUERPO QUE HABITO

Por Estefanía Brandán

Soy  
Soy Mis pies  
Soy Mis manos  
Soy Mi sexo  
Y mi alma  
Y  
No soy.  
Salgo  
Y soy de todos  
Al ser mirada  
Por ser escuchada  
Al ser atada.  
Por caminar.  
Y las calles  
Me absorben  
Los pasillos  
Me traspasan  
El cuerpo que era mío  
Me deja siendo otra  
En la multitud  
Y en la soledad  
Soy la niña que es madre

Soy la  
madre con cuerpo  
de niña  
Que arrastra pies  
Y traslada en su cintura a otra, a otros  
Soy la que llora  
La que ríe  
Ama y odia.  
La que cae  
Y luego sube.  
Soy los ojos de los que miran  
Y me deconstruyen  
Me desarman en partes  
Hasta no dejar nada.  
Y yo  
Que soy  
Me vuelvo a unir  
Sola  
Cosiendo mis pedazos  
Que fueron rotos  
Por otros,  
Por hombres  
Por mujeres  
Por mí.



# EL BAR (1976)

Por Alejandro Torres

**H**abían quedado en encontrarse en un bar de Güemes y Billinghurst, allí tendrían suficiente privacidad para discutir el asunto por si las emociones hervían antes de cerrar el trato. Él iría vestido de pantalón beige y camisa de algodón blanca con campera negra, de cuero; ella usaría un jean oscuro con una guayabera del mismo color que su pantalón.

Él había llegado primero. Entró por la gran puerta marrón y subió las antiguas y acogedoras escaleras de madera hueca; una vez en el primer piso, se dirigió hacia su izquierda donde un pequeño salón con sillones cómodos se miraban enfrente a un hogar sin funcionar. El lugar estaba decorado con una lámpara araña de cristal con pequeñas luces amarillas; el ambiente era apacible con música jazz de fondo y sin casi nada de luz, ni gente; se sentía tranquilo, aunque sabía que algo podía salir mal. Mientras esperaba repasaba las indicaciones que había planeado: no cerrar el trato por menos de una tercera parte de lo que habían acordado, debía sacarse de encima esos papeles, pero tampoco regalarlos, sabía que de todas formas iba a poder venderlo si ese trato se caía; una vez finalizado el mismo, intercambiar los papeles por el dinero y cada quien por su lado. Había llegado a pensar que, hasta quizás, si la cosa se complicaba, debería desenfundar la Walther PPK calibre 22 que guardaba en el interior de su campera.

Cuando ella llegó no la reconoció. Estaba distraído mirando por una de las ventanas hacia la esquina por donde pasaba un patrullero con las luces encendidas. Se sentó frente a él y apoyó su bolso sobre la pequeña mesa que los dividía. Él se sobresaltó con la mirada y se paró para saludarla. El lugar permanecía bajo un oscuro silencio mientras ellos discutían el asunto de los papeles; una espesa tormenta se avecinó rápidamente en el cielo y las primeras gotas cayeron. Hubo un solo momento en el que él tuvo que alzar la voz para recordarle el peligro que corría con esos papeles

**“Un hombre de traje y corbata negra ingresó al lugar y se sentó al otro lado de la habitación. Ambos se quedaron callados y vieron el ritual del sujeto que solo miraba hacia el piso. Aceleraron el intercambio y se pusieron de pie para saludarse.”**

encima, pero no hubo necesidad de utilizar el arma.

Un hombre de traje y corbata negra ingresó al lugar y se sentó al otro lado de la habitación. Ambos se quedaron callados y vieron el ritual del sujeto que solo miraba hacia el piso. Aceleraron el intercambio y se pusieron de pie para saludarse. Ambos volvieron a mirar al hombre que ahora parecía haberse esfumado en un abrir y cerrar de ojos. Sus manos comenzaron a temblar y sudar de los nervios, aquello había sido extraño. Él apoyó la mano izquierda en la espalda de ella y le hizo una señal con la mano libre otorgándole el paso. Avanzaron hasta la escalera donde él se detuvo; comenzó a tomarse el pecho con las dos manos y a sacarse primero la campera y luego a desgarrarse la camisa. Ella lo miraba aterrorizada. Se quedó sin decir nada ni hacer nada tampoco mientras el hombre expelía un estentóreo y horrible sonido. Cayó finalmente sobre ella con los ojos blancos y una línea de sangre en su boca. Al otro lado de la sala, el hombre de corbata negra había vuelto a aparecer y permanecía sentado, junto al hogar sin funcionar, mientras ella lo miraba con un semblante aterrorizado.

# ESCRITOR FRUSTRADO

Por Salvador Silva

**T**ras el sensacional éxito de ventas de mi primera novela, publicada hace poco más de un año y traducida a catorce idiomas; cosa que me reportó algo más de un palo verde de bolsillo, luego de un pequeño tour por los medios más destacados del país, mimado por la prensa especializada que me elogiaba con el título de creador de una nueva corriente literaria: el ecuani-mismo. Según describen, es cuando el autor se posiciona por fuera de la literatura y se acerca a la gente, sus cavilaciones e idiosincrasia. Creo, humildemente, aun con los reparos que guardo sobre las corporaciones mediáticas, que esta vez no estuvieron tan alejados de la verdad. A raíz de los reconocimientos posteriores, algo hastiado de entrevistas y viajes promocionales pagos, agobia-do por la pompa y el champagne, me vine a África con la intención de hacer un aporte altruista e invaluable al mundo de los postergados, y aunque gasté un esfuerzo notable en moverme bajo las sombras del anonimato y el desinterés, guardo la esperanza de que mi actividad filantrópica trascienda, en su momento, para que mi próximo libro, basado en la experiencia africana, supere al anterior en todo sentido.

No fue sencillo el acercamiento a las gentes primitivas que pueblan este mágico continente; la rusticidad de su especie está cargada de un encono milenario contra lo foráneo, por lo tanto, en un principio, el trato fue hostil y distante. Sumado a las dificultades del lenguaje; una variedad de lenguas indescifrables, plagadas de símbolos, donde un elogio mal pronunciado puede significar también un grave agravio; hecho que comprobé con dolor, algunos días de reclusión hasta que se deshincharan los hematomas y un posterior ejem-plar mutismo en el que llevé la práctica de la mímica a niveles que ni Charles Chaplin habría imaginado.

Aunque en el proceso de inserción a su cultura autóctona pude ver cómo mi simpatía por los excesos me serviría de puente para empezar a

crear lazos sociales con estos aficionados a la violencia. Después de todo, nuestras debilidades siempre resaltan nuestra naturaleza humana; caída y perversa, nunca mejor manifiesta que a través de los defectos.

Los más díscolos de la tribu bebían un potaje de ron, caña, gin, coñac casero de legumbres (muy recomendable por su alto valor proteico y alucinato-rio), mezclado con una melaza de miel, avena y unos insectos machacados y viscosos, muy parecidos a nuestras vaquitas de San Antonio pero diez veces más grande, morigerado con un vodka Premium primera selección, cortesía de la madre Rusia a precio de saldo por la alta adhesión al comunismo de estas sabanas -Thomas Sankara mediante (en paz descanse), batido hasta lo explo-sivo, por si hiciera falta, con un gramo de cocaína por medida/vaso; en nuestra tierra sería de medio litro el trago. Lo llaman N'golo Kanté, por sus propiedades para la gimnasia y por que después del primer sorbo te nace correr más que el cinco de Francia contra Croacia en la final del mundial de Rusia.

**“Después de todo, nuestras debilidades siempre resaltan nuestra naturaleza humana; caída y perversa, nunca mejor manifiesta que a través de los defectos.”**

Jamás pude tomar más de una medida. Las primeras veces, ni eso. Pero descubrí que gracias al veneno ese, que no se lo pondría a mi auto en el tanque de nafta, conseguía hacerme entender con los salvajes de una manera, digamos, mística, o espiritosa. Fue en el éxtasis de estos delirios que en un momento, favorecido por la algarabía y la embriaguez, me ufanaé de ser hombre de un millón de dólares. Cosa curiosa, hallaba serias dificultades para pedir un café, pero cuando mencioné la cifra acaparé el silencio del lugar y comencé a recibir atenciones reverenciales más dignas de un embajador que de un modesto escritor de cierto vuelo. A propósito, nunca fui capaz de explicarles mi oficio, jamás supe cómo, y la misión humanitaria sucumbió a poco de mi llegada, no solo por resignación sino también por mi tendencia natural a los placeres ligeros y autodestructivos.

Los nativos comenzaron a agasajarme con el ofrecimiento de las negras que, juraban, no tenían sida. Por precaución, nunca me aventuré a tanto y sólo las entretenía un rato limpiándome la pieza por el mismo precio del coito. Al mismo tiempo, me ofrecían sus mejores mercancías a costo de lo que significaba el dedo índice enhiesto; una rupia. Todo acompañado de una gran sonrisa. Me hice de una cantidad de porquerías insignificantes que pronto me llevó a pensar en cambiar de aposento por uno más grande. Hasta que en una ronda de Kanté me entusiasmé tanto con los parroquianos que terminé firmando un contrato por unos terrenos periféricos de una extensión incalculable; empezaban acá, según lo que entendí, y continuaban hasta donde se inauguraba el amanecer. Por un instante la visión filantrópica cobró sentido en la contemplación de esa tierra árida, desértica e inmensa; fundaría escuelas, plantaría árboles, pondría teatros, cines, bibliotecas... pero 24 horas después, todo se derrumbó de repente. Aquellos terrenos eran propiedad de la UNESCO, patrimonio de la humanidad. Todo el mundo lo sabía, menos yo. En mis cabales lo habría mínimamente sospechado; en el borde inferior de la hoja del contrato sobresalía el mismo logo sublimado de las servilletas de McDonald's.

Al poco tiempo, supe por un amigo que vive en Europa, levantaron algunas alertas de Interpol en mi nombre. La estrategia publicitaria de mi segundo libro adoleció un error de cálculo, de

**“Al poco tiempo, supe por un amigo que vive en Europa, levantaron algunas alertas de Interpol en mi nombre. La estrategia publicitaria de mi segundo libro adoleció un error de cálculo.”**

índole, digamos, moral. La editorial, advertida por uno de esos ociosos y comedidos internautas, decidió retirar todas mis publicaciones de circulación y avivar las llamas de la ignominia en el horno donde van a parar todas las obras descubiertas como plagios. Llegaron a la inexorable conclusión, casi sin esfuerzo, de que mi libro tenía sospechosas similitudes a *El sueño de Makar*, de Vladimiro Korolenko y debitaron digitalmente, en un movimiento instantáneo y mecánico, todo mi dinero correspondiente a las regalías del libro repartido por todo el globo.

Sin dinero, ni opciones concretas de rédito, recaí, bajo el estímulo indolente de que acá no me conoce nadie, en el travestismo, tan olvidado de mí que estaba. El fracaso del proyecto fue, como poco, estrepitoso y lo abandoné tras la primera y única noche en el oficio al comprobar la imposibilidad de gastar el magro dinero generado. Estuve más de una semana sin poder caminar, en realidad no podía hacer ningún movimiento, y otros casi quince días sin poder sentarme. Al abandonar el hospital, un edificio mugriento apenas mejor puesto que una choza de las que ocupan esos salvajes, sádicos, estafadores, y donde no había si quiera una gasa, mucho menos anestesia, para la sutura del recto interior; una experiencia, a todas luces, incalificable, volví a mi dos ambientes solo para descubrir que lo habían saqueado completo.

Se llevaron todo, hasta el pasaporte. Después con deliberado descaro intentaban venderme las mismas artesanías berretas que me habían vendido y robado. ¡Los mandé a la concha de su madre! Con los mismos insultos que aprendí recién llegado, les daba el buen día. No me importaba morir.

Por fortuna, en esos días, vino mi amigo de Europa a confortarme y, sobre todo, a sosegar mis temerarios impulsos suicidas. Con menos de veinte euros cubrió todas mis deudas de renta, comida y bebida de algo más de una semana, y el posadero nos regaló unos tickets para una excursión en un safari. Por un instante, me avergoncé de pensar que aquellos pelafustanes fueran incapaces de desarrollar sentimientos indulgentes.

Una vez en el safari, mi amigo no cabía de la emoción; parecía una criatura. Ya retornando nos topamos con la tribu de los n'zhara; apasionados adherentes históricos al canibalismo. Habían tomado por la fuerza nuestro asentamiento y ya estaban preparando la cena. Asumimos con hidalgua nuestro destino y nos entregamos mansamente. Ellos advirtieron nuestra docilidad y nos separaron para los grupos finales.

La última vez que vi a mi amigo, hervía en trocitos pequeños en una olla acompañado de varios locales. Lo reconocí por el reloj. Cuando llegó mi turno, al abrirme la campera se deslumbraron con la camiseta de Argentina y el diez de Messi en la espalda. Parecían no dar crédito a sus ojos, así que para confirmar mi procedencia me arrojaron una pelota, extraída de no sé dónde, marrón, los gajos deshilachados, pesadísima. Hice lo único que un argentino promedio hace con naturalidad desde los ocho años; jueguitos. Nunca vi una gente tan contenta de verme. A partir de ese momento me otorgaron el dudoso privilegio de ser el director técnico del primer equipo; Los Oryx Indomables. Ellos de táctica no entienden una goma, pero me las ingenié para parar un 4-3-3, flexible, que suele mutar en un 4-3-1-2 bastante efectivo arriba y sólido atrás. Fue un éxito, debo decirlo. Llegamos a la final del torneo interregional Nelson Mandela. Un torneo muy prestigioso acá. Mucha cobertura de las cadenas periodísticas locales, viene mucha gente a la cancha. Lo penoso del caso es que los n'zhara tienen por costumbre comerse al técnico campeón

**“Se llevaron todo,  
hasta el pasaporte.  
Después con delibera-  
do descaro inten-  
taban venderme las  
mismas artesanías be-  
rretas que me habían  
vendido y robado.  
¡Los mandé a la  
concha de su madre!  
Con los mismos insul-  
tos que aprendí  
recién llegado, les  
daba el buen día. No  
me importaba  
morir.”**

para absorber mejor su sabiduría y a mí, la verdad, no me gusta perder ni a las bolitas, aunque quisiera seguir viviendo ya que adopté una nueva identidad. Con esto de la Interpol atrás mío por lo de escritor frustrado, tuve que hacerme de un nuevo nombre y origen. Es sorprendente la facilidad con la que te fabrican una partida de nacimiento, ¡y por dos mangos! Pasa que acá, por suerte, los controles son laxos, mucho más que en Argentina, y tanto aquí como en América todo puede pasar...



# JUEGO DE NIÑOS

Por Paula Aros

Y al caer la noche, una a una iban apareciendo de todos lados. Ya cansado y totalmente derrotado por el sueño que no lograba conciliar, recaía nuevamente en aquel mullido rectángulo, que en otro momento hubiera significado un lugar de placer y descanso, pero en este instante era más bien algo como una mesa de tortura. ¿Cómo podría lograr dormir si, lentamente, y con sus miradas impávidas y esos enormes ojos negros (lo más parecido al abismo) acechaban sin tregua mi preciado descanso? Y cada noche era peor. Supongo que mi mente le dio un giro bastante espeluznante a raíz de todo lo sucedido recientemente con Clarita. Tan dulce. Tan pequeña. Todo me llevaba a pensar en esa última noche que la vi. Los tres, Marcos, Clarita e Inés jugaban a los indios. Marcos nunca fue de mi agrado, algo en ese chico no me gustaba, pero en fin, era solo un niño, todos tienen sus mañas. Después de todo -me decía a mí mismo-, después de todo qué culpa puede tener el pobre. Su padre, un alcohólico, había encontrado refugio en la bebida luego de que su mujer lo abandonara para irse lejos con su mejor amigo. Cómo no hacerlo, creo que cualquiera de nosotros hubiera hecho lo mismo en su lugar. Julio, hombre de la vieja escuela, no era capaz de hacerse ni siquiera un huevo frito por sí mismo. Decía que esas tareas les correspondían a las mujeres. Totalmente inútil a su labor de padre (no por capacidad física sino meramente machista), mantenía al pequeño Marcos deambulando de casa en casa de cualquier conocido que pudiera cuidarlo. Pobrecito, después de todo no era su culpa ser como era. El muchacho solo tenía ocho años y ya había vivido en la casa de todo conocido de su padre. Obviamente por lastima (del niño, no de Julio), todos nosotros aceptábamos su pedido de cuidarlo para que el pudiera ir a “laburar”. Eufemismo que utilizaba para poder irse a beber hasta desmayarse en alguna cantina de mala muerte sin sentirse un miserable. Solo él se creía sus mentiras. De todos modos, lo mejor que podía pasarse al pequeño

Marcos era quedarse con nosotros. No era raro entonces que el niño fuera callado y un tanto violento. Nuestros hijos siempre nos reprochaban que fuéramos demasiados contemplativos con las malas acciones de Marcos y sin embargo con ellos fuéramos implacables. Pero todo esto tenía un trasfondo que ellos ignoraban por completo. Según sé, Julio jamás fue violento con el niño (cómo hacerlo si ni siquiera notaba que existía), de modo que atribuíamos todo el mal comportamiento al trauma producido por la repentina ausencia de su madre, el alcoholismo y la indiferencia por parte de su padre. Recuerdo que esa tarde Clarita no iba a poder venir a jugar con Inés porque debía ir al dentista, pero un llamado de último momento cambió por completo los planes. Siempre que Clarita venía Marcos se comportaba como un señorito inglés. Incluso sonreía y todos sabíamos que Clarita era lo único que hacia feliz al niño. Era lunes, pero al día siguiente era feriado, de modo que Inesita insistió en que Marcos y Clarita se quedaran a dormir en casa y

**“Decía que esas tareas les correspondían a las mujeres. Totalmente inútil a su labor de padre (no por capacidad física sino meramente machista), mantenía al pequeño Marcos deambulando de casa en casa de cualquier conocido que pudiera cuidarlo.”**

así podría estrenar el tipi que la tía Sara de Mar del Plata le había traído de regalo en sus últimas vacaciones. Como era de esperarse Julio jamás apareció a buscar al niño. Cuestión que no resultaba inusual puesto que siempre hacía lo mismo. Como hija única, Inés era la luz de nuestros ojos y no había cosa en que nosotros no le diéramos el gusto. Todas esas cosas se repiten una y otra vez en mi cabeza si tan solo hubiera dicho que no... Si tan solo... Cenar pizza y a la cama. Esa era la orden.

Cuando estoy por dormirme vuelvo a oír la voz de Inés gritando. Todo parece un sueño interminable que repite una y otra vez. Me despierta el grito ensordecedor de Inés. Tan agudo que siento que rebota en todas las paredes de mi cráneo. Hace mucho frío y puedo darme cuenta por el aliento que exhalo mientras subo lo más rápido las escaleras. En el cuarto, Inés, tiembla y señala a Clarita. Todo es sombras hasta que enciendo la luz. Un charco de sangre rodea a Clarita, en un principio me digo a mí mismo que es pintura roja o algo por el estilo y que los niños me juegan una broma. Inmediatamente alzo a la pequeña Clarita, que fría, mira un punto fijo sin pestañear. Tras de mí, Úrsula entra y se tapa la boca con las dos manos, intentando callar su propio grito. Ya no había nada que hacer por Clarita. Tomamos a las dos niñas y bajamos las escaleras.

—Fue Marcos, fue Marcos —repetía Inés—, él lo hizo, estoy segura.

Salí de inmediato a buscar al pequeño por toda la casa. No aparecía por ningún lado. En el fondo, la pequeña Flora ladraba y ladraba. Marcos, sentado en la hamaca, contenía con fuerza al pequeño caniche hasta que me vio. Florita corrió hacia mí desesperada y en un intento por calmarla noté su pelaje manchado de sangre. Marcos, balanceándose sobre la hamaca y mirando fijo al suelo me dice: —Ahora se quedará para siempre conmigo, con nosotros. Ya no puede ir a ningún lado.

Luego, Inés, contaría a la policía que esa noche Clarita les había confesado que ella y su madre se mudarían a otra ciudad. Que Marta había conseguido un nuevo trabajo y que no sabía si los volvería a ver. Pero de todos modos estaba contenta porque conocería a nuevos amigos.

**“Cuando estoy por dormirme vuelvo a oír la voz de Inés gritando. Todo parece un sueño interminable que repite una y otra vez. Me despierta el grito ensordecedor de Inés. Tan agudo que siento que rebota en todas las paredes de mi cráneo.”**

Inmediatamente Marcos se levantó y en un inesperado cambio de humor le pegó una patada al colchón y bajó las escaleras. Clarita e Inés charlaron hasta dormirse esa noche. Hacia la medianoche Clara despertaría por la sensación de frío que le generaba la humedad en su espalda. Creída de que se había hecho pis prendió la luz y vio así a Clarita en medio de un charco de sangre. Dominada por el terror no tuvo más reacción que apagar la luz y gritar a todo pulmón.

Esta es la quinta noche después del acontecimiento de Clarita. Y como dije, las ovejas no dejan de atormentarme como si al dormir algo malo fuese a ocurrir nuevamente. Del niño nada se supo. Al igual que Clarita habían desaparecido para siempre de nuestras vidas, pero no de nuestros pensamientos. Algunas noches y en una especie de trance producido por la falta de sueño creo verlo. Una vez Inés me escuchó decirlo y me dijo que eso era imposible, que los fantasmas no existen. Siempre creí que se contaban las ovejas que saltaban la cerca y que gracias al hecho de la monotonía y el aburrimiento uno lograba dormirse. Ahora, en cambio, sé que las ovejas que se cuentan son las que lográs matar y que cuanto más mates más rápido vas a poder conciliar el sueño.



**E**n un viaje por el río Paraná, Lucrecia Martel leyó *Zama* la novela que Antonio Di Benedetto escribió en 1956 sobre un funcionario de la corona española que, destinado cerca de Paraguay a finales del siglo XVIII, espera su traslado a Buenos Aires. Lucrecia y Antonio comparten en común la lejanía con la capital argentina. Ella es de Salta y él de Mendoza, entienden el injusto designio de ser llamados del interior. ¿Qué es el interior y qué es el exterior en un mismo territorio? ¿Y según la visión de quién? Buenos Aires podría ser considerada el interior para algunos. Quizás uno cree que todo lo que sucede en el país pasa en Buenos Aires hasta que deja de mirar al río y descubre que hay muchas cosas pasando en donde no prestamos atención. Un poco esa es la clave para entender a Lucrecia Martel y su filmografía. Mucho pasa donde parece que no. Su hasta ahora última película, *Zama*, se estrenó en 2017 y hace un trabajo maravilloso para transportarnos a la época colonial. Adaptó la novela de Di Benedetto haciendo desaparecer toda voz en off y convirtiéndola en imagen. Vemos a Don Diego de Zama y sin escuchar sus pensamientos sabemos que odia el lugar en donde está, esperando algo que nunca va a llegar.

La atmósfera en *Zama* es pesada como lo siente el protagonista que sufre cada vez más el calor agobiante. Las locaciones de grabación fueron Formosa, Corrientes y Buenos Aires y todas se ven

# Zama, de la espera a la identidad

Por Pablo Rodríguez Ortiz

exóticas como paisajes nunca explorados. Un gran logro de la dirección artística y de fotografía. Don Diego de Zama se ve envuelto cada vez más en aquel lugar del que quiere escapar, a pesar de su reniego se involucra con los lugareños e incluso tiene un hijo con una india. Martel envuelve al espectador junto con su protagonista, nos vemos un poco atrapados en las escenas que plantea hasta que el paso del tiempo nos absorbe completamente y descubrimos un Diego de Zama sumergido en una misión. Una cacería en busca de un bandido peligroso en donde arriesgará su vida. Martel ha explicado que su película no se trata



Póster original de la película de Lucrecia Martel

sobre la espera sino sobre la identidad. En un territorio compuesto por otredades desconocidas, Zama no sabe quién es el mismo. Y hay un gran quiebre en la película que primero nos muestra a Zama como perdido dentro de pequeños espacios para luego iniciar su búsqueda de la identidad y salir a la aventura en grandes espacios abiertos donde se encuentran las poblaciones originarias.

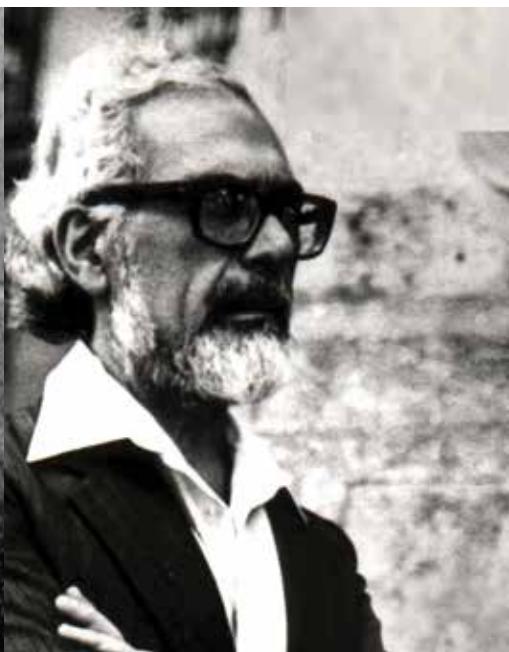
El sonido es otro de los aspectos clave para la directora. Por momentos no sabemos si lo que escuchamos es real o es producto de la ensoñación y desesperación de Zama. Transferir lo audible de una novela al formato cinematográfico es una percepción subjetiva y personal que nace en el preciso momento de la lectura en cada libro, en cada palabra existe un ritmo que va guiando al lector y ese sonido es el que Martel comenta se encuentra ligado al lenguaje visual del cine.

La figura de Zama es la del antihéroe, lejos esta de generar empatía o representación. Carga con defectos y en el transcurso de los 10 años que transita la obra se transforma. En su búsqueda por encontrarse, el exterior lo termina moldeando y su interior desconocido pasa a ser aceptación.

"En el fondo está la idea de que cualquier persona que se resiste perece. Los huracanes a los

**"En un territorio compuesto por otredades desconocidas, Zama no sabe quién es el mismo. Y hay un gran quiebre en la película que primero nos muestra a Zama como perdido dentro de pequeños espacios para luego iniciar su búsqueda de la identidad."**

árboles rígidos los arranca de raíz, mientras que las palmeras se doblan pero sobreviven. Sólo queda lo flexible. La mejor forma de oponerse a algo malo que te toca vivir es la flexibilidad. Y no creerse tanto algo, porque mutar es la acción más vital posible. No hay que resistir, sino mutar." Lucrecia Martel.



*Antonio Di Benedetto en sus inicios fue guionista en la película "Alamos Talados" de 1960, luego el cine fue adaptado algunas de sus historias. Los suicidas en 2005 (dirigida por Juan Villegas) y Aballay en 2010 (de Fernando Spiner).*

# enp

ENCENDIDO MARCOS PAZ  
REPUESTOS MULTIMARCA

# KM DE OFERTAS

CARRERA DE PRECIOS BAJOS

PREPARÁ TU AUTO PARA EL VERANO Y TUS VACACIONES!

ENCONTRA TODO ESTO Y MUCHO MÁS EN



## KIT REGLAMENTARIO DE SEGURIDAD



10% OFF

IMPRESINDIBLE PARA LA RUTA!

LÍNEA TÉRMICA 15% OFF

REFRIGERANTE | SENSOR TEMPERATURA  
TERMOSTATO | RADIADORES | ELECTROVENTILADOR



MANTENÉ LA TEMPERATURA IDEAL DE TU AUTO



FILTRO DE ACEITE + FILTRO DE AIRE

15% y 20% OFF

BOSCH



COMBINÁ TUS FILTROS CON EL LUBRICANTE QUE MÁS TE GUSTE!

15% OFF

Shell

EIAION

TOTAL

## BATERÍAS



BATERÍA para Tractor  
Corta césped

15%, 20% y 25% de descuento!

Dr. Marcos Paz 1297 - Marcos Paz  
ID: 570-6308 | TEL: (0229) 477-4155 / 5212

TODAS LAS FORMAS DE PAGO Y LA MEJOR FINANCIACIÓN!



# entre TINTAS

DISEÑO & COMUNICACIÓN

**BAJADAS**  
IMPRESIONES  
**LASER**  
COLOR & B/N

**VINILOS**  
decorativos

FRASCOS / PAREDES / VENTANAS / MUEBLES Y MUCHO MÁS

**TAZAS, JARROS, MATES**  
ARTÍCULOS SUBLIMABLES - SUPER PERSONALIZADOS

**ESTAMPADOS**  
SERIGRÁFIA - SUBLIMACIÓN - VINILO TERMOTRANSFERIBLE

**FOLLETOS | TALONARIOS**  
BOLSAS | SOBRES | IMANES

**GRAN FORMATO**  
LONA FRONT | MESH | VINILO IMPRESO | BANNERS  
ESMERILADO | MICROPERFORADO | VEHICULAR

PLOTEOS CAD  
{ 1 METRO DE  
ANCHO }

diseño de  
**VIDRIERAS**  
**CARTELERÍA**  
MARQUESINAS - BICICLETEROS - CARTELES EXTERIO E INTERIOR  
VARIEDAD EN MATERIALES - INCLUYE COLOCACIÓN

SAN MARTIN 77 | MARCOS PAZ

[www.entretintas.com.ar](http://www.entretintas.com.ar)

entretintasd@gmail.com



011 38898869  
02227 467530